

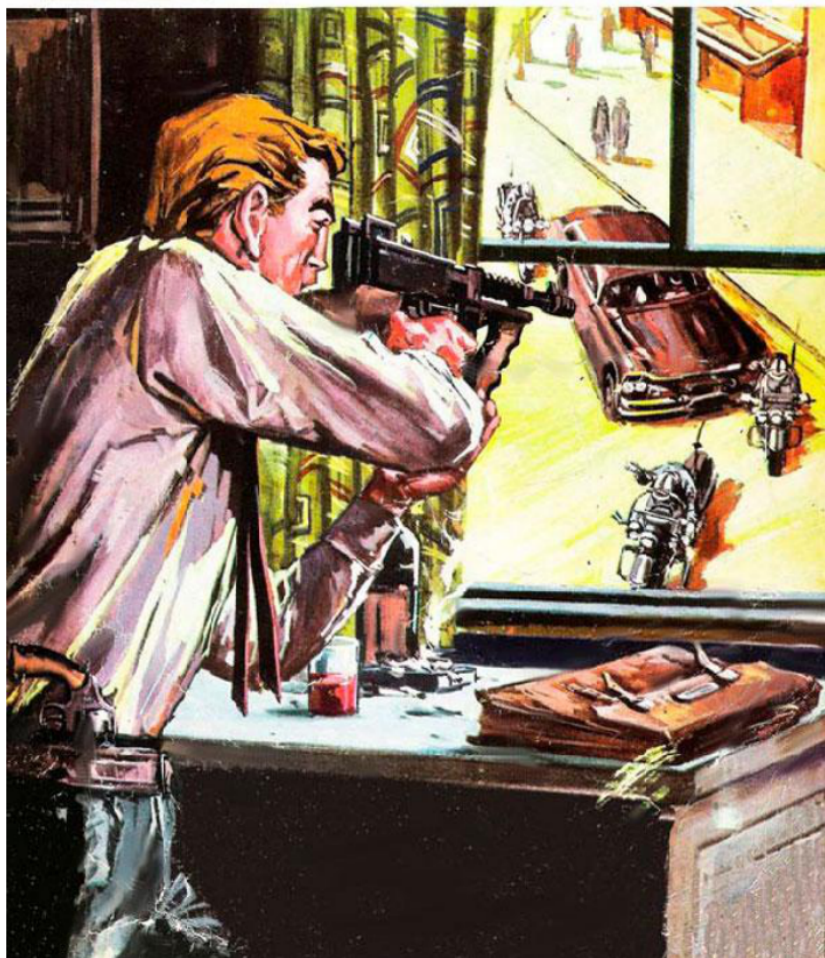
BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

cómo matar a un presidente

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

COMO MATAR A UN PRESIDENTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 528
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 16.866 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: junio, 1972

© SILVER KANE, 1972
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.275. — La señora muerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.131. — Las sendas del infierno.

En Colección SALVAJE TEXAS:

738. — Infierno: capital Dodge City.

En Colección KANSAS:

666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO:

962. — Los fantasmas de Fort Madison.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

594. — Gatillos mercenarios.

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

503. — Manchas de sangre en el cielo.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

127. — Perro rabioso.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

71. — El puño de la ley.

CAPÍTULO PRIMERO

ORDEN: MATAR AL PRESIDENTE

El hombre era bajito, amarillo, de facciones ligeramente arrugadas, pero se adivinaba en él una fuerza poco común. Andaba sigilosamente, como una pantera dispuesta a saltar. Prendido a su muñeca izquierda por medio de una argolla, llevaba un maletín negro del que no se había separado más que unos breves instantes durante el viaje. Su pasaporte estaba expedido en Saigón y acreditaba a su dueño como correo diplomático al servicio del Gobierno de Vietnam del Sur.

El trayecto aéreo realizado por aquel hombre había sido largo; había sido incluso un poco pesado, pero fascinante. De Saigón a Honolulu en un avión de la Japan Air Lines. De Honolulu a San Francisco en un avión norteamericano de la Eastern. Y de San Francisco a Nueva York, pasando por Chicago, en un avión de la American Airlines. En total había recorrido medio mundo, desde los castigados arrozales del delta del Mekong hasta la fabulosa Nueva York, pasando por las doradas Hawái, la tradicional San Francisco, las Rocosas, Sierra Nevada, las llanuras del Oeste Central, las cataratas del Niágara, la Chicago negra... Pero el hombre no parecía haberse emocionado por nada. El hombre siempre estaba quieto, con sus ojos tranquilos y oblicuos, la mirada perdida en el vacío y las manos plegadas sobre su maletín que gozaba del derecho de valija diplomática, es decir, no podía ser registrado por nadie.

Casi cuando estaban planeando sobre Nueva York, esperando turno para aterrizar en el aeropuerto Kennedy, el hombre se levantó por primera vez para dirigirse a los lavabos, llevando siempre su inseparable maletín. Al caminar hacia allí casi rozó a la muchacha que había hecho con él el viaje de Honolulu, sentada dos butacas

más adelante.

La chica vestía de luto, y aquel color realzaba aún más la potencia sensacional de sus curvas.

Por primera vez el vietnamita pensó: «He aquí una mujer para hacer locuras».

Pero eso no se notó en su rostro. Siguió adelante, con facciones impasibles.

Una vez en el lavabo, su expresión cambió. Por primera vez se hizo levemente ansiosa. Consultó su reloj y comprobó que faltaban irnos quince minutos para tomar tierra en Nueva York, quince minutos que podían muy bien ser treinta, pues el aeropuerto Kennedy está siempre materialmente atiborrado y los aviones deben sobrevolarlo continuamente, en círculos cada vez más bajos, hasta que tienen pista libre. De un modo u otro, para el hombre que venía desde Saigón había llegado el momento de repasar por última vez las instrucciones recibidas.

Abrió su maletín, que hasta entonces había tenido rigurosamente cerrado.

Dentro había muy pocas cosas. Eran las siguientes:

Una caja negra que pesaba como si fuera de plomo. Su tamaño era más o menos el de una caja de zapatos normal. Varios fajos de billetes que alcanzaban aproximadamente la suma de cien mil dólares.

Una pistola «Browning» de cargador doble.

Balas sueltas.

Una cápsula de veneno.

Y un pequeño magnetófono de bolsillo con una *casette* puesta.

El hombre hizo sonar el magnetófono, colocándose el micro en la oreja para que sólo él pudiera oír la voz.

De todos modos era también prácticamente imposible que la voz brotase fuera del lavabo. Y prácticamente imposible también que alguna de las personas que iban en el avión entendiese aquel idioma.

Era una variante del tagalo hablado en Filipinas. El mismo vietnamita no estaba acostumbrado a él, y por eso quería repasar las instrucciones por última vez antes de poner definitivamente pie en tierra.

La voz sonó suave, tranquila, lenta:

«Amigo Loon: grave bien estas instrucciones en su memoria y luego borre la cinta.

»Su misión es la más importante que un hombre ha realizado en los últimos años. Es también la más difícil en teoría, pero todo ha sido combinado para que le resulte a usted relativamente sencilla.

»Esa misión consiste en matar al presidente Nixon.

»Es posible que no sólo él muera; es posible que desaparezca también gran parte del Gobierno de Estados Unidos, país al cual se dirigirá usted según un horario rigurosamente controlado y a tenor de los pasajes de avión que le han sido entregados. El hecho de que ese horario haya sido meticulosamente medido al minuto, no indica que carezca usted de margen, sino al contrario. Aunque un avión se retrasase por cualquier motivo hasta el tope de diez horas, usted podría igualmente realizar su tarea sin contratiempo alguno. Lo único que ocurriría entonces sería que el momento de la explosión estaría ya muy cerca, por lo que debería extremar las medidas, a fin de alejarse lo antes posible.

»El arma que usará será una bomba nuclear de nuevo modelo. Una bomba nuclear de efectos limitados, es decir, “limpia”. Su envoltura especial permite que no haya radiactividad exterior, o al menos radiactividad detectable por los detectores Geiger a los que posiblemente usted será sometido. Ese arma ha sido ajustada cuidadosamente para que estalle treinta horas después de serle entregada a usted; dispone, pues, de treinta horas que han sido tenidas en cuenta con toda precisión. Su viaje durará quince horas; contando las escalas, si los enlaces son normales como esperamos. Hay un margen de diez horas más para retrasos, o sea, veinticinco. Y aún dispondrá usted de cinco horas para depositar la carga en el buzón de correo que hay en la Avenida Séptima, esquina calle Cincuenta y Dos, cerca de Times Square. Ya sabe usted que los buzones norteamericanos permiten que en ellos entre un paquete grande. Si nuestros cálculos son correctos, el depósito lo hará usted durante la noche, y lo único que debe tener en cuenta son las horas de recogida de la correspondencia. Es decir, resulta esencial absolutamente que deposite la carga después de la última recogida para que estalle antes de la próxima. Eso indica que en todo caso le quedará un tiempo breve para huir, y que el momento de depositar la carga debe usted escogerlo con arreglo a los horarios de Correos.

Pero cuanto antes llegue usted a Nueva York, de más oportunidades dispondrá para estudiar la situación. Además hay que tener en cuenta que por la noche no se retira nunca la correspondencia.

»Eso le da un margen relativamente amplio para orientarse. Pero en el momento decisivo debe tener en cuenta hasta los minutos.

»Tiene usted alojamiento reservado en el hotel Edison. Lleva dinero para cubrir ampliamente cualquier gasto. Ya sabe usted que en su cuenta abierta en las Hawái le ha sido depositada la mitad de la suma convenida por sus servicios. La otra mitad le será abonada en cuenta después del buen éxito de la operación. Para ello pretextaremos el pago de una indemnización de seguros, de modo que no se despertará la menor sospecha.

»Sólo queda desearle buena suerte».

La cinta dejó de transmitir.

Las facciones de Loon, que habían permanecido impasibles mientras escuchaba, se tensaron un poco al darse cuenta de que la gran hora se aproximaba. Manióbró en el magnetófono y borró el texto de la *casette*. Luego lo volvió a guardar todo, cerró el maletín cuidadosamente y consultó su reloj.

Las siete de la tarde.

La explosión, según el minuto exacto en que le habían entregado la bomba, tenía que producirse a las tres de la madrugada, hora de Nueva York, teniendo en cuenta lo que había durado el viaje y los diferentes horarios del recorrido. El vietnamita los repasó una vez más en una tabla de equivalencias que llevaba en su agenda y quedó conforme. Las tres de la madrugada.

Antes de salir del lavabo, puso escrupulosamente su reloj de acuerdo con la hora de Nueva York.

Comenzaba la cuenta atrás.

Comenzaba la historia de uno de los asesinatos más espectaculares de todos los tiempos.

Ocho horas menos un minuto, ocho horas menos dos...

El vietnamita, con facciones impasibles, regresó a su asiento después de rozar otra vez a la chica.

CAPÍTULO II

OCHO HORAS MENOS QUINCE MINUTOS

El avión tomó tierra en el Kennedy antes de lo que el vietnamita había calculado. No tuvieron que esperar demasiado tiempo dando vueltas sobre el mar, sobre el Hudson y sobre Jamaica Bay. Inmediatamente después de tomar tierra, los pasajeros fueron conducidos primero al control de pasaportes, luego al control sanitario y por fin a la Aduana.

Loon no tuvo dificultades en los dos primeros sitios.

Su pasaporte diplomático y sus certificados de vacunación en regla le permitieron acelerar los trámites. Pero en el tercer punto, en el control de pasaportes, tuvo motivos para ponerse pálido.

Mortalmente pálido.

Dos policías provistos de un contador Geiger para detectar la radiactividad estaban repasando todos los equipajes. Loon quedó lívido en la puerta, sintiendo que sus rodillas temblaban por un momento.

A pesar de toda su experiencia, de todo su valor, se sintió perdido durante unos segundos.

Claro que ya no podía retroceder.

No tenía más remedio que seguir adelante, puesto que estaba en el pozo y tenía que salir de él como fuese. Dio unos pasos hacia los oficiales de Aduanas sintiendo que cada uno de ellos le aproximaba a la muerte.

Le acribillarían en cuanto intentara defenderse. Y si no le acribillaban, caería en las zarpas de un tribunal que le condenaría sin vacilar a la silla eléctrica.

Claro que aún tenía la posibilidad que le daba su pasaporte diplomático. Murmuró, mientras dirigía a los oficiales su mejor

sonrisa:

—¿Qué pasa? ¿Cómo es que están manejando un Geiger?

—Un control rutinario, señor.

«Claro —pensó Loon, mientras sus ojillos se entrecerraban—. Rutinario... No vais a explicarme que me estáis esperando a mí precisamente...»

—Tengo pasaporte diplomático, y mi valija contiene correo confidencial. No pensarán ustedes someterme a esta prueba...

Los oficiales también le dirigieron su mejor sonrisa.

Sabían disimular los muy buitres. Le echarían el guante sin inmutarse.

—Lo siento, señor, pero son órdenes estrictas. No abrimos su valija, sino que nos limitamos a controlarla con el Geiger.

—Pero...

—¿Es que teme algo, señor? ¿Es que lleva usted dentro del maletín una bomba atómica?

Negarse al control era reconocer una presunción de culpabilidad. En ese caso estaba listo.

Los agentes del FBI, que ya debían estar esperando fuera, no le registrarían —aunque los representantes diplomáticos de Vietnam del Sur les merecían muy poco respeto—, pero le seguirían hasta cuando fuera a lavarse los dientes. Su misión se convertiría en algo imposible, y transcurridas ocho horas la bomba estallaría en sus narices. También era fácil que un agente especializado le robara el maletín para registrarlo, pese a llevarlo encadenado a la muñeca. Bastaría un simple accidente de tráfico con el golpetazo bien calculado, el viaje in *albis* al hospital, y cuando recobrar el sentido ya le habrían separado de su maletín «por rigurosa orden médica».

Eso los del FBI lo hacían muchísimas veces. Y también lo hacían los rusos. Y en Hong Kong los chinos maoistas infiltrados pagaban bandas para que le desnudasen a uno en cualquier callejuela, llevándose todo lo que convenía registrar.

De modo que Loon puso el maletín sobre el mostrador, sabiendo que estaba perdido.

En diez segundos se acordó diez veces de la madre del que había dado el soplo.

Pero el contador Geiger pasó por encima del maletín sin que se produjera la menor señal. Los oficiales se disculparon con un

movimiento de cabeza y una sonrisa.

—Pase, señor. Y perdone.

Loon suspiró casi imperceptiblemente.

La envoltura aislante había funcionado a la perfección. Las instrucciones recibidas por Loon habían demostrado ajustarse a la más estricta realidad.

Ya se lo habían dicho: era posible que le sometieran al Geiger.

Pero no había pasado nada.

Loon retiró su maletín y observó que todos los restantes pasajeros debían abrir sus equipajes, que eran meticulosamente registrados. Resultaba absolutamente imposible que uno pudiera pasar un arma.

Claro que una carga nuclear «limpia» y de potencia limitada es más fácil de pasar que una metralleta.

Puede estar oculta en las sentinas o depósitos a dónde van a parar las aguas residuales del avión.

Puede estar oculta en un depósito de esencia y hacerse cargo de ella un mecánico.

Puede llevarla cualquier miembro de la tripulación, los cuales raramente son registrados.

Puede estar dentro de la cámara de aire de una rueda. Y nada más fácil que poner una rueda nueva y llevarse la vieja con cualquier pretexto.

Por fin, hasta un pasajero puede llevarla en piezas, siempre y cuando todas sus ropas hayan sido meticulosamente preparadas. La parte esencial y más voluminosa puede ir sobre su cabeza y debajo del sombrero. Un sombrero, por lo general, no es registrado nunca ni uno tiene obligación de quitárselo en la Aduana.

Loon se hizo todas esas reflexiones en un momento, pero en realidad ya le importaba poco lo que sucediera a los otros. El ya estaba completamente listo.

Por pura casualidad oyó lo que uno de los oficiales le decía a la muchacha vestida de luto, a la joven suculenta que había viajado con él en primera clase:

—Deberá usted esperarse porque hemos de pasar también el Geiger por su equipaje especial, señorita Wilbur. Debemos controlarlo todo, absolutamente todo. Incluso el cadáver de su padre, que ha viajado con usted.

CAPÍTULO III

OCHO HORAS MENOS TREINTA MINUTOS

Era la cuarta vez que Loon estaba en Nueva York, pero la ciudad cada vez le gustaba menos. La encontraba hostil, desordenada, mareante. Claro que había conocido en la Europa latina ciudades mucho peores, ciudades que se degeneraban aún más aprisa que Nueva York. Pero el que le gustase o no, era cuestión aparte. El estaría allí muy pocas horas.

—Voy al hotel Edison. Pero de un rodeo por la Séptima y la calle Cincuenta y Dos, por favor.

El taxista obedeció.

La Séptima Avenida, a la altura de la calle Cincuenta y Dos, estaba materialmente tomada por la policía. El tráfico se hacía difícil allí, a pesar de que por Nueva York suele ser bastante fluido. El edificio del hotel Victoria, situado a la altura de la calle Cincuenta y Tres, aparecía materialmente rodeado de porras, pistolas y uniformes azules.

—¿Qué pasa? —preguntó Loon, en perfecto inglés.

—El presidente Nixon —murmuró el taxista.

—¿Cómo? ¿Es que el presidente Nixon está en ese hotel?

—Sólo por esta noche.

—Bromea usted, amigo. No es un hotel de suficiente categoría. El presidente, si alguna vez viene a Nueva York, no tiene que alojarse en un hotel de esa clase.

—Esta vez se lo han pedido los sindicatos.

—No lo entiendo.

—Los líderes sindicalistas quieren discutir con el presidente y con algunos de los miembros de su equipo la próxima campaña electoral —dijo el taxista, cansinamente, como si recitara una

lección que ya sabía todo el mundo—. Le apoyarán o no en su campaña según las promesas que el presidente les haga, y para discutir eso se han negado a ir a la Casa Blanca. Quieren discutir en un terreno neutral y durante toda una noche si hace falta. Por eso han alquilado toda una planta en el hotel Victoria.

El taxista rió mientras añadía:

—Precisamente porque no es un hotel de lujo lo han elegido. Estaría mal visto que los líderes sindicalistas, aunque tienen dinero, fuesen a un hotel como el Pierre o el Waldorf Astoria.

Loon asintió mientras entrecerraba los ojos.

Todo aquello lo sabía él y no le sorprendía en absoluto. En vísperas de campaña electoral, los sindicatos son lo bastante fuertes para hacer cualquier petición al presidente de Estados Unidos. Y precisamente aquella salida de Nixon fuera del recinto de la Casa Blanca iba a ser la última de su vida.

Miró, al pasar por la calle Cincuenta y Dos, el buzón instalado en la esquina.

Todo perfecto.

—Siga adelante —murmuró—. Repito que vamos al hotel Edison.

CAPÍTULO IV

OCHO HORAS MENOS CUARENTA Y CINCO MINUTOS

El hotel Edison es aproximadamente de la categoría del Victoria, y tiene la suficiente dignidad para que le frecuente un diplomático survietnamita. Por eso no tenía nada de sorprendente el que Loon hubiera reservado una habitación allí. Pero al llegar se encontró con una sorpresa.

Era el primer detalle que fallaba.

El empleado repasó las listas de reservas y luego hizo un gesto de contrariedad, mientras miraba a Loon como pidiendo disculpas.

—Crea que lo siento, señor.

—¿Qué pasa? No es posible que no tenga reservada la habitación. Me ha dicho mi secretaria que ustedes lo confirmaron.

—En efecto, señor, pero ha habido un pequeño incendio. Una cosa sin importancia, ¿comprende? Sin embargo, los bomberos han dejado inundado todo un piso y lo estamos adecentando aún. En el piso donde ha ocurrido el siniestro estaba la habitación que le habíamos reservado.

—¿Y no es posible colocarme en otra?

—Crea que lo lamento, señor; lo lamento de veras, pero al tener que trasladar a algunos clientes no disponemos ahora del más mínimo espacio. Sin embargo, hemos pensado ya en resolver su problema.

—¿De qué modo?

—Vea. Le hemos reservado una habitación de similar alegoría en el hotel Boston. Está en un lugar excelente; muy cerca de Central Park, de Times Square y también de Radio City.

Loon entrecerró los ojos.

No veía que aquello fuera un inconveniente grave, después de todo.

Pero por eso mismo le convenía ir al Boston, como le estaban sugiriendo.

Si al hotel Edison llegaba una llamada para él —y esa llamada sólo podía ser de los que le habían contralado— desde las oficinas, dirían inmediatamente que lo habían enviado al hotel Boston. Y de ese modo podrían localizarle y a él le sería fácil recibir el mensaje.

De modo que Loon cabeceó afirmativamente.

—Ningún problema —susurró.

—Perfecto, señor. Entonces llamaré un taxi para que le conduzca hasta allí.

—Un momento. No conozco bien Nueva York.

—Pero ya le digo que irá en taxi, señor.

—Me refiero a las cercanías del hotel. Sobre el plano me había familiarizado con la situación de éste, pero no del otro. Muéstreme un mapa, por favor. Veamos dónde está situado exactamente el Boston.

El empleado extendió sobre el mostrador un gran plano de Nueva York en la parte correspondiente al distrito de Manhattan. Señaló la calle con el dedo.

—Vea aquí Times Square, míster Loon. Vea aquí la Séptima Avenida. A la altura de la calle Cincuenta y Uno doblando a mano derecha, tiene usted el hotel Boston.

Otra vez el vietnamita cabeceó afirmativamente.

Aquella circunstancia fortuita —el no tener habitación libre en el hotel Edison— le había favorecido.

Sin saberlo le habían situado mucho más cerca del buzón en que había de depositar la carga. Desde el hotel Boston no tenía más que dar unos pasos hasta la Séptima Avenida, subir por ésta una travesía, hasta la calle Cincuenta y Dos, y depositar el paquete en el buzón. En la calle Cincuenta y Tres se encontraría el presidente Nixon junto con varios miembros de su gabinete. Es fácil suponer lo que ocurriría cuando el «paquete» estallase.

El empleado le sonrió.

—¿Correcto, señor?

—Correcto.

—Ahora mismo llamo un taxi.

Fue a descolgar el teléfono que tenía a su alcance, pero en ese momento el teléfono sonó. Con gran sorpresa de Loon, el empleado le dijo:

—Es para usted. Ha tenido suerte de no estar fuer aún; un momento, le paso la comunicación a la cabina.

Loon fue rápidamente hacia el sitio que se le indicaba.

Sólo podía llamarle la persona que le había contratado. Una persona desconocida, como era lógico, pues hubiese sido demasiado arriesgado permitir que Loon le viese la cara. De aquella persona sólo conocía la voz. La voz en la habitación oscura donde le había contratado. La voz en la cinta magnética que había borrado en el avión.

Y ahora aquella voz volvió hacia él.

Y en el mismo extraño idioma.

Aquella variante del tagalo.

—¿Ha llegado bien, Loon?

El vietnamita apretó los labios con una fría expresen de desdén.

—¿Cómo se atreve a llamarme? —musitó.

—Necesitaba asegurarme de que todo marchaba correctamente. No he podido desplazarme al aeropuerto Kennedy, pero me han asegurado que la vigilancia estaba redoblada. Y que incluso empleaban un contador Geiger.

—Sí —dijo Loon—. Ha habido un soplo.

—Me sorprende, porque todo estaba perfectamente montado. Sólo dos personas más conocen el asunto, aparte de usted y yo.

—Pues una de las dos nos ha traicionado.

—Más bien me inclino a creer que ha sido un palo de ciego —susurró la voz—. Alguien que no es ni usted ni yo ni ninguna de las dos personas de que le hablo, ha sabido o sospechado alguna cosa y ha ido con el rumor a los agentes del CIA o los del FBI. Y éstos, por pura precaución, siguen dando palos de ciego. Si supieran algo concreto ya le habrían detenido a usted.

—Eso es cierto —reconoció Loon.

—¿El contador Geiger no ha detectado nada?

—Nada absolutamente. El envoltorio que me proporcionaron ha funcionado a la perfección. Y no de más detalles. Pueden estamos controlando desde la centralita.

—No, no pueden. Le he llamado a un número que da línea

directa. Y ahora óigame bien, Loon.

—Le escucho.

—El hombre que se encarga esta vez de la protección del presidente es un auténtico perro de presa. Un auténtico buitre, diría yo. No se le escapa una. Sin duda es él quien está informado y quien ha organizado el rastreo en el aeropuerto. Grábese bien el nombre en la memoria: el fulano se llama Killer.

—De acuerdo, no lo olvidaré: Killer.

—Todo lo que tenga referencia con ese nombre significa un peligro para usted. Por eso le informaré de quiénes son los dos principales auxiliares del hombre al que me estoy refiriendo. Uno es un mulato gigantesco que tiene un mechón blanco en el cabello. El otro es un individuo alto, de facciones amarillentas y cara de halcón, que tiene la mandíbula inclinada hacia el lado izquierdo. Guárdese de Killer y de esos dos individuos. Sólo el verlos ya significa que está usted en grave peligro.

—De acuerdo, lo tendré muy en cuenta, aunque hasta ahora no ha pasado nada. O... o... ¡oiga!

—¿Qué?

Loon se había olvidado incluso de la variante del tagalo. Por unos momentos había hablado en inglés, aunque por fortuna unas palabras que no le comprometían.

Sus facciones habían empezado a cubrirse de un sudor helado.

La mano que empuñaba el auricular tembló levemente.

—¿Qué? —insistió la voz—. ¡Hable de una vez! ¡Diga!

—No sé quién es usted —susurró la voz—, pero ha hecho bien en avisarme. Estoy en peligro.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¡El tipo alto, de facciones amarillentas, con la mandíbula ligeramente inclinada hacia el lado izquierdo!

—¿Qué pasa con él?

—¡Está aquí!

La voz del otro lado del cable se alteró notablemente. Por primera vez reflejó un principio de nerviosismo.

—¿Pero qué dice? ¿Dónde está?

—¡En este momento habla con el empleado de recepción del hotel!

—¿Le ha mirado?

—No, no se ha dado cuenta de que estoy en la cabina.

—Óigame bien, Loon: supongo que lleva usted un periódico. No en vano es un hombre de experiencia.

—Claro que llevo un periódico. Cuando tengo que actuar no lo suelto nunca.

—Dóblelo y apóyelo ligeramente en su cara mientras habla, como si fuera un gesto maquinal. De ese modo él no podrá verle bien y usted le verá por el rabillo del ojo.

—¡Inflemos! ¿Qué cree que estoy haciendo? ¿Imagina que nací ayer?

—Sé que usted no es un novato, Loon. Estoy enterado de que ha matado a docenas de hombres, y por eso le elegí para uno de los trabajos mejor pagados del siglo xx. Óigame bien: el individuo de la mandíbula torcida que tiene usted en el vestíbulo se llama Morgan. Métaselo en la cabeza: Morgan. El mulato con un mechón de cabellos blancos se llama Michels. Recuérdelo bien: Michels. Y ahora dígame: ¿qué está haciendo Morgan?

—Ha preguntado algo y se marcha.

—No debe estar seguro de nada —dijo la voz—, pero su presencia no me gusta. Eso indica que Killer vigila y que está hilando muy fino. ¿Tiene habitación, Loon? ¿Eso ha funcionado normalmente?

—No, no, eso tampoco. Ha habido un inconveniente. A causa de un pequeño incendio mi habitación está inutilizada y me han enviado al hotel Boston. Ahora me disponía a salir.

—El Boston está en la calle Cincuenta y Uno.

—Exacto. Muy cerca del sitio en que...

—No hace falta que lo diga. Vaya allí y trabaje. **Es** todo cuanto tengo que decirle.

—Un momento.

—¿Algo más?

—Sí. Sé que usted me ha llamado a causa de los controles en el aeropuerto. Sé que de lo contrario no lo habría hecho.

—No, no me hubiera arriesgado. Pero después de las noticias que he tenido necesitaba saber si todo marchaba bien.

—Ya sabe cómo están las cosas —susurró Loon—. Y ahora oiga esto, amigo: puede estropearse todo y necesitar yo ponerme en contacto con usted. ¿Cómo lo hago?

—Tiene absolutamente prohibido ponerse en contacto conmigo. No debe saber quién soy.

Loon rechinó los dientes.

—Mire, pajarraco, acepté este trabajo porque está muy bien pagado y porque me pareció sencillo, pero a mí no me envía nadie al matadero sin que sepa de qué modo me he de defender. No le llamaré alegremente y sólo para preguntarle la hora, so hijo de perra. Pero puede producirse alguna circunstancia imprevista de la que tal vez, con una simple orientación suya, podía salirme. Entonces, ¿qué hago? ¿Dónde le encuentro?

La voz vaciló unos instantes. Se oyó una especie de runruneo dubitativo al otro lado del cable.

Y al fin murmuró:

—En su habitación del hotel tendrá la guía teléfonos de Manhattan. Recuerde este nombre: «Martínez J.». Es el nombre de un portorriqueño. Naturalmente no imaginará que le voy a dar el mío. Pero durante las próximas horas me podrá localizar en ese número.

—Lo recordaré: «Martínez J.».

—Sólo en caso estrictamente necesario, entiéndalo. Y ahora dejemos de hablar. Actúe.

Sonó un chasquido.

El desconocido había colgado.

Loon colgó también, y sus facciones volvieron a ser serenas e impasibles cuando salió al vestíbulo de recepción.

—¿Ha llamado al taxi? —preguntó al empleado.

—Lo tiene usted en la puerta, míster Loon. ¿Y su equipaje?

El vietnamita mostró el maletín que llevaba sujeto por medio de una argolla y otro más pequeño que sólo contenía un traje plegado, una camisa, una muda, un pijama y utensilios de aseo.

—Todo lo llevo aquí —dijo—. Gracias.

Y salió.

Efectivamente, un taxi ya le aguardaba fuera. Loon subió y miró de soslayo hacia atrás. Vio entonces al individuo de la mandíbula torcida, es decir, a Morgan, que subía a otro coche estacionado en las cercanías.

Quizá otro no hubiera podido captar aquello, porque el movimiento de Morgan había sido instantáneo.

Pero Loon lo captó.

—Vaya a poca velocidad —dijo al chófer.

Notó que el otro coche le seguía también a poca velocidad. Eso significaba que sólo a su llegada al país, ya se había convertido en un sospechoso. Significaba que el chivatazo había sido eficaz y que todo podía irse al diablo; aunque podía significar también una pura maniobra de rutina, un palo de ciego, como había dicho la voz. Killer, el encargado de proteger la vida del presidente, se limitaba a vigilar a todos los que habían llegado en el avión sospechoso por si alguno observad una conducta extraña.

Loon bajó levemente los párpados.

Sabía que estaba en peligro.

El tal Killer daba palos de ciego, pero en éste casi había acertado.

Vio desfilar ante sus ojos las calles quietas de Manhattan. A aquella hora ya apenas había movimiento en la ciudad. Y de pronto distinguió aquel solar donde estaban edificando un inmenso *parking*.

—Pare aquí —musitó Loon—. Es sólo un momento pero de todos modos cóbrese.

Y puso cinco dólares en los dedos del taxista. El importe de la carrera ascendía sólo a dos.

—Oh, gracias, señor.

Loon se introdujo entre las máquinas excavadoras. El taxi arrancó y se perdió entre las sombras.

Muy poco después paraba el automóvil en que viajaba Morgan. Loon vio descender al individuo y avanzar cautelosamente con la derecha metida en el bolsillo.

Loon acababa de abrir el maletín que llevaba cerrado desde que descendió del avión.

No extrajo la pistola.

Sólo la cápsula de veneno.

Cuando Morgan avanzaba por entre las sombras, llevando ya la pistola empuñada, la mano salió como un proyectil desde el borde de una de las excavadoras. Morgan recibió el golpe en la nuca y cayó fulminado en el más absoluto silencio.

Pero no estaba muerto, y el vietnamita lo sabía. Se inclinó sobre él y le abrió la boca. Introdujo la cápsula de veneno entre los

propios dientes de Morgan y luego se los apretó.

Los efectos eran fulminantes apenas el veneno se mezclaba con la saliva. Morgan no se enteraría ni de que la estaba diñando.

Satisfecho de su trabajo, Loon volvió a la calle. Estaba seguro de que nadie le había visto.

Por unos momentos Loon estuvo tentado de tomar el coche del agente secreto y dirigirse con él al hotel.

Boston, pero pensó que quizá sería demasiado peligroso. Un coche es más fácil de identificar que un hombre. Por consiguiente, se alejó de allí y fue hasta la esquina a pasos rápidos y menudos para buscar un taxi.

Vio a uno que se acercaba y lo tomó.

—¡Qué casualidad! ¡Pero si le he dejado a usted hace un momento!

—Ya he terminado el trabajo —bisbiseó Loon—. ¿Puede llevarme al hotel Boston?

—¿Al sitio que me dijo antes?

—Sí, claro.

—Con mucho gusto, señor.

El coche arrancó.

Y entonces ocurrió algo que Loon no hubiera imaginado jamás. Entonces la ciudad entera se quedó a oscuras. Entonces cayeron las sombras más impenetrables, más compactas, más espesas. De pronto, sobre Nueva York, se abatió una inmensa noche.

CAPÍTULO V

SIETE HORAS

Loon miró maquinalmente su reloj de esfera luminosa. Eran las ocho en punto. Por lo tanto, faltaban siete horas exactas para que el artefacto que llevaba en el maletín estallase.

El taxista había lanzado una maldición.

Luego barbotó:

—¿Pero qué infiernos pasa?

—Eso pregunto yo —masculló Loon—. No lo entiendo.

—¡Todo Nueva York ha quedado a oscuras! ¡Es inconcebible!

—¿Pero qué clase de ciudad es ésta?

—Ya pasó una vez hace años —murmuró el taxista—. Fue una cosa increíble, pero sucedió. Toda la ciudad quedó absolutamente a oscuras. Y entonces las autoridades y todos sus perros de presa dijeron que no ocurriría nunca más, pero ya se sabe que las autoridades siempre mienten.

Loon apretó los labios.

Aquél era un suceso absolutamente inesperado y con el que no contaba, pero que en cierto modo le favorecía, como le había favorecido el cambio de hotel.

El único hombre que había seguido su pista, es decir, Morgan, ya estaba muerto.

Y ahora, con la ciudad completamente en tinieblas, ¿quién iba a ser el guapo capaz de seguir sus huellas?

Su voz era casi alegre cuando susurró:

—¿Cuánto durará esto?

—¿Y cómo quiere que lo sepa? Yo no soy más que un pobre taxista piojoso, estropeado y comido a multas. La última vez que vi al alcalde tuve que apartarme para que no me escupiera encima.

¿Sabe lo que hago yo con todos los tíos que mangonean? Pues me acuerdo de ellos cada vez que hago pipí.

—Es una cosa perfectamente razonable —musitó Loon—. Pero me gustaría saber dónde estamos.

—Muy cerca. No sé si el apagón nos ha pillado en la Sexta o en la Séptima.

—Pues averígüelo.

El taxista encendió los faros, volvió a arrancar y doblaron por una avenida que Loon vio claramente: era la Sexta, o sea, la Avenida de las Américas.

—Ya casi estamos —susurró el taxista.

Y de pronto ahogó una maldición.

Por poco se carga a un guardia.

El guardia había aparecido de pronto ante él, como surgido de la tierra, agitando frenéticamente una mano enguantada de blanco para que se le viese. El taxista frenó.

—Bueno, maestro, ¿pero qué pasa?

—Hay una avería general —gruñó el guardia—. ¿Y qué pasa? ¿Quiere que tenga la culpa yo?

—¡Pues al menos dígame qué infiernos tengo que hacer!

—¿A dónde va? —¡Al Boston!

—Entonces lo siento, pero no puede seguir este camino. Debe dar un pequeño rodeo hasta la Nueve y volver atrás bordeando Central Park. Se ha estrellado un tanque de gasolina y en estas condiciones es muy peligroso. Por eso desviamos el tráfico.

—¿Ir hasta la Nueve y volver por Central Park dice usted que es un pequeño rodeo?

—¿Y a usted qué le importa? El taxímetro sigue marcando, ¿no? Y el cliente pagará, ¿no? Y usted a plantar la mano, ¿no? ¡Pues váyase al infierno y arranque, so foca! ¡Por mí se podrían morir todos los taxistas de Nueva York!

—¡Y por mí todos los guardias! ¡Y otro día a ver si hay un poco más de educación, so bestia! ¡Qué hablar bien no cuesta un rábano, piojoso de alcantarilla!

No se pudo oír lo que contestó el guardia.

Cuando encendió de nuevo los faros, fue para doblar una esquina. Y allí frenó de golpe otra vez porque por poco envía al valle de Josafat a un individuo que iba a caballo.

—¡So bestia! —gritó desde la ventanilla—. ¡A cabalgar por Central Park se va por la mañana!

—¡Yo salgo cuando me da la gana! —masculló el jinete—. ¡Y la próxima vez te alquilaré a ti para que me lleves al galope! ¡Lástima que tendré que quitarme las pulgas luego!

El taxista estuvo a punto de detenerse y armarla allí mismo. Pero con aquella oscuridad se exponía a un accidente serio, de modo que optó por aguantarse. Le dijo al jinete algo serio (algo así como que la próxima vez se colgara un farol de las narices o del sitio que pudiese) y siguió rodando. Loon vio perfectamente, a la luz de los faros al tomar la curva, una larga línea de árboles y un banco donde había una pareja. La pareja, aprovechando la oscuridad, se estaba dando un lote. Ya sólo les faltaba pedir hora para la comadrona. Ninguno de los dos se inmutó cuando los faros pasaron sobre sus cuerpos lentamente.

—¡Eh! —gritó el taxista—, ¡Que puede volver la luz antes de que terminéis, burros!

Pero maldito el caso que le hicieron.

Pronto tropezaron con las luces de *stop* de otros coches que se habían medio detenido. A causa de fallar los semáforos, se estaba produciendo un embotellamiento. Fueron a sortearlo y seguir, pero oyeron un silbato y vieron un guante blanco que les señalaba frenéticamente la izquierda. Otro desvío. La oscuridad podía originar un verdadero caos, pero menos mal que los guardias estaban en sus puestos. Claro que con el que acababa de desviarles, el municipio había tenido muy poco éxito. Porque en medio de toda aquella fantástica oscuridad..., ¡el guardia era negro!

—En cuanto se le ensucie el guante —susurró el taxista—, aquí va a haber cada piña de espanto. ¡Lástima que no se le ocurra pasear al alcalde en patinete y lo zurzan entre cuatro!

Rodó, a causa del desvío, unos cinco minutos más, dejando atrás Central Park y pasando por una avenida que, según los cálculos de Loon, era la Quinta. Luego se detuvo de pronto.

—Ya estamos —dijo.

Loon miró por la ventanilla. Conocía el hotel Boston de haber estado una vez en su *grill*, cenando con una rubia. Una lámpara que esgrimía un portero uniformado le mostró parte de la fachada que él conocía. El portero abrió la portezuela.

—Lo siento, señor. No comprendo lo que pasa —dijo.

—¿También el hotel está a oscuras?

—No, señor. Dentro hemos podido organizar un alumbrado de emergencia. ¿Tiene usted habitación reservada?

—Sí, desde luego.

—Permítame, señor.

—No, gracias. Este maletín es valija diplomática. El otro no vale la pena. No pesa.

—Como quiera, señor.

Loon se volvió hacia el taxista.

—¿Le importaría subir a mi habitación? Quisiera darle unas señas para que fuese a buscar a una persona y la trajese aquí. Deje el taxímetro marcando.

El taxista bajó sonriendo.

—Quiere una nena, ¿eh? Está bien... ¡Se la buscaré hombre!

La habitación estaba reservada a nombre de Loon. Todo era correcto. Habían avisado desde el hotel Edison y él tenía disponible una habitación con baño.

—Su pasaporte, señor. ¿Cuándo piensa marcharse?

—Dentro de un par de días.

—Perfecto, señor. El botones le acompañará. Buenas noches y disculpe el que tenga que ir casi a tientas; no esperábamos esto.

El vietnamita dio un dólar al pequeño. Su habitación estaba también discretamente iluminada y todo parecía en orden. Luego cerró la puerta, y miró al taxista.

—Un momento —dijo—. Le daré la dirección.

Se libró de la argolla que le ceñía la muñeca, para tener las manos libres, y abrió el pequeño maletín, donde tenía los útiles de aseo. De allí extrajo unas tijeras de tamaño medio, agudas como un estilete.

—Aquí tiene la dirección —dijo.

—¡Uuuuuuggg!

Se había vuelto con la rapidez del rayo.

El taxista ni siquiera le vio moverse.

La punta de las tijeras se hundió como un proyectil en el cuello del taxista, mientras éste lanzaba aquel sordo rugido. De todos modos, el grito no llegó a oírse fuera de la habitación. E inmediatamente, Loon hizo su golpe aún más salvaje. Empleó aquel

arma de la manera más innoble que conocía.

La abrió mientras la tenía clavada, y entonces la sacó de un brusco tirón.

Todo el cuello del taxista quedó destrozado.

Las tijeras habían funcionado como una especie de guillotina. La sangre escapó a borbotones.

Loon se limitó a limpiar las tijeras sobre las propias ropas del muerto, mientras hacía un gesto de asco.

CAPÍTULO VI

SIETE HORAS MENOS TREINTA MINUTOS

La sangre lo estaba poniendo perdido todo, pero eso no inmutó demasiado al asesino.

El taxista era el único que sabía —o al menos podía sospechar— que él había liquidado a Morgan en el solar de las excavadoras. Si se encendían de nuevo las luces y el cadáver de Morgan aparecía, lo que era muy posible, la policía empezaría inmediatamente sus investigaciones. Las empezaría con verdadera ansia porque Morgan era un perro de presa adscrito a la defensa persona del presidente Nixon. Y uno de los primeros trámites sería hacer una llamada a los taxistas, por si alguno había circulado por aquella zona y había notado algo sospechoso.

Loon chascó dos dedos.

Diez contra uno a que el taxista aparecía en pocas horas. Siempre aparecen.

Y veinte contra uno a que se acordaba del detallito del *stop* en el descampado.

Y treinta contra uno a que soplaban: «A ese buitro le dejé yo en el hotel Boston».

Había eliminado un grave peligro.

Los detalles secundarios de aquella muerte no tenían tanta importancia.

En primer lugar nadie entraría en la habitación inundada de sangre hasta la mañana siguiente, y a la mañana siguiente él ya se habría largado. Tenía pasaje para las siete en un avión que iba nada menos que a Nueva Delhi, pasando por Madrid, Roma, Atenas y Beirut. Naturalmente que el pasaje y el pasaporte ya no estarían a nombre de Loon, un falso correo diplomático del Vietnam del Sur,

sino a nombre de un indonesio llamado Kandro. Entre los indonesios y los vietnamitas no hay demasiadas diferencias raciales, de modo que nadie se fijaría en el detalle. Y mientras la Policía Metropolitana busca a Loon, el llamado Kandro ya se habría perdido para siempre en las inmensidades de Asia.

¡Y a cobrar!

Quedaba también el detalle del taxi con el taxímetro en marcha, pero con las luces apagadas. Estando en un estacionamiento oscuro, nadie repararía en él aunque la luz volviese. A la mañana siguiente, sobre las siete, tal vez sí. Pero a las siete él ya habría emprendido el vuelo.

Loon ocultó el cadáver bajo la cama, después de hacer que terminara de desangrarse en la bañera.

No se sentía cansado en absoluto.

Ni impresionado.

Todo aquello era para él tan rutinario como para ni contable cerrar los libros de caja.

Buscó a continuación la guía telefónica de Manhattan. La encontró junto a la Biblia que suele haber en todos los hoteles de Estados Unidos. Sus dedos recorrieron los apellidos, buscando el del portorriqueño. Al fin lo encontró: «Martínez J,». ¿Joseph, Jacinto, John? Bueno, lo mismo daba. Disco el número y aguardó con impaciencia unos instantes. Esperaba que alguien le contestaría tal vez en español, para luego transmitir el mensaje al hombre que le había contratado.

Pero no. Fue la voz de éste la que contestó. Y le contestó también en el dialecto tagalo.

—¿Quién?

—Veo que esperaba mi llamada, amigo —dijo Loon, con un tonillo sarcástico—. Me habla en «nuestro» idioma.

—Ha hecho mal en llamarme. Le dije que sólo lo hiciera en caso absolutamente necesario. Voy a tener motivos para, arrepentirme de haberle dado tantas facilidades.

—Cierre el pico y no se queje tanto. Si le llamo es porque se ha hecho del todo necesario.

—Pues desembuche.

—¿Dónde está? ¿Quién es «Martínez J.»?

Se oyó una risita silenciosa.

—No sea tan inocente, amigo. Parece mentira que un profesional como usted crea que voy a darle mi nombre. Y basta de hacer preguntas. Haga su trabajo y calle. Entre usted y yo no existe ninguna relación.

—¿Está solo?

—No.

—¿Pueden oírle?

—No.

—Pues entonces oiga bien esto. Creo que debe saberlo por si algo sucede: Morgan está muerto.

—¿Quéeeee?...

—Muerto. *Kaputt*, maldita sea. ¿No me entiende? Ahora nadie sigue mi pista.

—De acuerdo. Confío en que no haya hecho una barbaridad.

—Conozco mi oficio —dijo Loon, entre dientes.

—Habla demasiado. ¿Y si alguien conoce el tagalo en la centralita del hotel? Bastantes filipinos trabajan en Estados Unidos, y alguno de ellos podría estar escuchando en la centralita.

—También sería casualidad, ¿no?

—Píese de las casualidades, imbécil.

Y la comunicación fue cortada.

Loon colgó también.

La verdad era que aquella llamada había sido un error. Ofrecía un margen de peligro mínimo, pero peligro al fin y al cabo. No tenía por qué haberla hecho.

Claro que Loon había ganado algo con ella. Ya no trabajaba tan al azar. Al aceptar aquel encargo se había puesto en manos del otro, del desconocido que le contrató en una habitación completamente oscura de un hotel de Saigón. Pero ahora el desconocido también estaba un poco en sus manos. Por lo menos sabía que no le había engañado al darle aquel teléfono. Sabía dónde encontrarle, pues en la guía figuraba la dirección: 236 de Riverside Drive.

Si pensaba engañarle por cualquier causa, iba listo.

Loon ya lo tenía localizado y sabría responder adecuadamente. No era la primera vez que trataban de dejarle en la estacada con motivo de un trabajo, pero nadie hasta ahora lo había conseguido.

Por este lado se sentía tranquilo.

Respiró satisfecho mientras grababa bien la dirección su

memoria: 236 de Riverside Drive.

A continuación se examinó bien en el espejo por si había alguna mancha de sangre. Una vez tranquilo, se asomó a la ventana y no vio más que tinieblas, a excepción de las luces de algunos coches que pasaban. Un par de ellos se detuvieron ante el hotel y descendieron algunas personas. Loon cerró y descendió a la planta baja, tras haber dejado bien visible el cartelito de: «No molesten».

Todo seguía en penumbra, como antes, pero se veía bien. El empleado más cercano le sonrió.

—¿Diga, señor?

—Le agradecería que me proporcionase un plano de Manhattan. O al menos déjeme ver uno.

—Con mucho gusto. Aquí tiene.

No era el mismo del hotel Edison, pero resultaba igualmente claro. Loon comprobó lo que ya había visto antes en el otro plano: el hotel en que se encontraba se hallaba a pocos pasos de la Séptima Avenida, que quedaba a mano izquierda. El cruce correspondía a la calle Cincuenta y Uno. Subiendo por la avenida una travesía más, se encontraría en el cruce de la calle Cincuenta y Dos [1], donde tenía que estar justamente buzón en que había de depositar la carga.

Loon sonrió imperceptiblemente.

El hecho de que no hubieran tenido habitación en el hotel Edison había sido una suerte fabulosa.

—Gracias —dijo.

El empleado le miró con curiosidad.

—¿Va a salir con esta oscuridad, señor?

—Iré muy cerca.

—Pero si usted me ha pedido un plano es porque no conoce Nueva York. No se lo aconsejo.

—Repito que iré muy cerca —dijo Loon, de mala gana—. Sólo a tomar una copa en la calle Cincuenta Dos. Supongo que los establecimientos estarán iluminados.

—Oh, claro. Para un trago le recomiendo
Joe's.

—Ya lo conozco.

Y salió.

Pero en la puerta casi tropezó con alguien.

Casi tropezó con las piernas sensacionales. Con delantera

apabullante. Con los labios rojos y turgente.

Loon se llevó una mano a la boca, con gesto de perplejidad, cuando la pasaba. Precisamente por ir la chica de luto no la había visto antes.

—Infiernos... —susurró—. Pero esta chica, ¿no venía en el avión conmigo, sentada unas butacas más adelante?

CAPÍTULO VII

SIETE HORAS MENOS CUARENTA Y CINCO MINUTOS

«Casualidad —pensó Loon—. Los dos hemos venido a parar al mismo sitio».

Salió del hotel y se encontró de frente con las tinieblas. El conserje le vio y acudió con una linterna. Hizo un gesto de contrariedad, como disculpándose.

—Siento que no haya ningún taxi, señor. ¿Va lejos?

—No. Aquí mismo.

—Tenga cuidado, por favor. No sabemos lo que puede durar este apagón general. Muchos teléfonos no funcionan y nadie da explicaciones.

Loon no contestó.

Movió un poco el maletín, que se había vuelto a ceñir a la muñeca, y avanzó unos pasos hacia la izquierda. Casi tropezó con un transeúnte.

—Perdón.

—No se preocupe.

—¿La Séptima Avenida? —preguntó Loon, temiendo haberse desorientado a pesar de todo.

—Está usted casi en ella. Es aquí mismo, por donde dobla ese coche.

Loon dio las gracias y siguió el rastro que dejaban las luces de *stop* del vehículo. Notó enseguida que se encontraba en una calle más ancha. Un par de autobuses pasaron raudos con todas sus luces encendidas.

El buzón tenía que estar allí.

Avanzó casi a tientas.

Y lo palpó.

La sensación de triunfo que tuvo Loon fue similar a la de un astronauta que camina por un planeta desconocido y de pronto encuentra la señal que otro compañero anterior dejó para que él no se perdiese. Ya había dado con el lugar donde tenía que depositar la carga, cosa que podía hacer ahora mismo porque nadie le veía. Pero se lo imposibilitaba el hecho de que hubiera aún otra recogida, la última de la jornada.

¿Y si a causa de la oscuridad no la hacían?

Era una posibilidad, pero Loon pensó que no podía arriesgarse. Los servicios públicos de Nueva York son casi perfectos, y los de Correos, aún más. El buzón sería vaciado a su hora aunque cayese una bomba atómica.

Loon estuvo a punto de reír ante aquel pensamiento.

Una bomba atómica...

Sólo una esquina más arriba debía estar el presidente Nixon, acorralado con los más importantes líderes sindicales del país. No sabía que dentro de unas horas no iban a encontrar de él ni los restos de su anillo de bodas.

Loon cerró un momento los ojos. Más de una vez, durante el interminable viaje aéreo, se había preguntado quién sería el que le había contratado y por qué quería exterminar al presidente de Estados Unidos y a buena parte de su Gobierno. ¿Quién podía ser? ¿Un gran líder de la oposición? ¿Un gerifalte sindicalista de una potencia extranjera? ¿Un millonario loco?

Loon se encogió imperceptiblemente de hombros.

Eso en el fondo le importaba muy poco.

Nada menos que matar al presidente de Estados Unidos...

Una luz le dio en la cara de lleno. Loon parpadeó.

Y tuvo un sobresalto al ver que era un gigantesco policía el que le estaba enfocando. Por unos instantes el terror le llegó hasta los huesos. Pensó que el chivatazo había puesto otra vez sobre la pista al FBI y que estaba descubierto.

Pero el policía le sonrió.

—Si quiere depositar alguna carta hágalo —dijo—. MI correo aún será recogido una vez.

—No, no... Gracias. Sólo tocaba el buzón porque me sirve de referencia.

—¿A dónde va?

—A tomar una copa a
Joe's.

—De acuerdo; entonces, doble a la derecha. Pero no suba hasta la calle Cincuenta y Tres porque le cortarán el paso.

Loon se hizo el inocente.

—¿Por qué?

—El presidente Nixon se hospeda en el Victoria por esta noche. Hay una importante reunión sindical y, a causa del apagón, no se permite a nadie que circule por esa acera.

—Comprendo. Gracias.

—Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Loon, asiendo el maletín cada vez con más fuerza.

Dio unos pasos en la dirección indicada y encontró el bar que recordaba de otras veces. La escasa iluminación interior permitía ver unos cuantos bebedores parte del rótulo:

«Joe's».

Loon sonrió al recordar a uno de los barman, un individuo grueso y narigudo que preparaba unos cócteles sensacionales.

—Han pasado unos dos años —dijo Loon, acodándose en la barra—, pero me acuerdo de usted.

El otro le sonrió.

—Oh, gracias... Es la primera vez que uno de mis clientes no se muere después de probar mis combinados. Le juro que nadie vuelve.

—Me alegra ser la excepción —dijo Loon.

—¿Qué quiere que le prepare esta vez para morir de veras?

—Algo fuerte. Lo necesito.

—Voy a prepararle una cosa nueva a la que bautizaré «El apagón» —gruñó el barman—. Creo que una ocasión tan maldita como ésta bien vale el mejunje infernal con que pienso obsequiarle.

El mejunje infernal resultó ser un cóctel delicioso y excitante, que el asesino agradeció con el deleite de los que jamás han tenido un problema de conciencia. Pagó, dio una generosa propina y, mucho más animado ya, se dirigió de regreso al hotel.

No iba a tener más remedio que esperar.

Después de las doce volvería al buzón y depositario el paquete.

No iba a ser tan difícil.

Dobló hacia la calle Cincuenta y Uno y de pronto se le heló la sangre en las venas.

Aquella noche iba a ser la noche de las sorpresas infernales.

Pero ésta pasaba de la raya. Ésta iba a ser la peor de todas.

Porque el cortejo con el que se tropezó Loon consistía en cuatro hombres... que llevaban un ataúd a cuestas.

CAPÍTULO VIII

SIETE HORAS

Las sorpresas de Loon no hubieran hecho más que aumentar si hubiese visto a dónde llevaban el ataúd aquellos cuatro hombres. Pero la oscuridad se lo impidió.

Casi fue una suerte para él.

De lo contrario habría tenido la sensación de que se volvía loco.

Porque los cuatro hombres impecablemente vestidos, y que nada tenían que ver con los agentes de una funeraria, se dirigieron al lugar más extraño del mundo para depositar un cadáver.

Se trataba de un edificio de mármol.

Su rótulo, con doradas letras de bronce, decía: «Chase Manhattan Bank».

¿Llevar un muerto a un Banco?

¿Es que todo el mundo estaba loco?

Pero las sorpresas de Loon hubieran llegado al paroxismo caso de ver al hombre que esperaba allí. Alumbrado tenuemente por la luz de una lámpara de pilas, el hombre tenía un aspecto solemne y rotundo, ese aspecto que solamente acostumbran a tener los millonarios y los que están muy seguros de sí mismos.

No era para menos.

Se trataba de uno de los dueños del Banco, uno de los más importantes del país.

Murmuró:

—Déjenlo aquí.

El ataúd fue cuidadosamente depositado en el suelo. El hombre hizo entonces una señal.

—Señorita Wilbur...

La chica se aproximó. Era el bombón vestido de luto. Era la de la

delantera así y asá. La de las piernas ejem, ejem. La de los labios esto y lo otro.

—Aquí estoy, señor Thompson.

—Bienvenida a Nueva York, señorita Wilbur.

—Gracias. De verdad muchas gracias por acceder al último deseo de mi padre, señor Thompson.

—Su padre, señorita Wilbur, fue uno de nuestros principales hombres en las Hawái. Treinta años dedicados al Banco en cuerpo y alma. Lo que se dice un empleado de verdad, de los que ya no existen ahora. Ciertamente es que..., ¡ejem!..., cierto es que quizá no le pagamos todo lo que merecía, y cierto es también que solíamos no contestar desde la gerencia las cartas en que nos pedía aumento de sueldo. Pero eso ya ha pasado, señorita Wilbur. Ahora la muerte, la gran justiciera, nos iguala a todos.

Y se puso la mano en la abultada tripa.

Supo que todos pensaban lo mismo:

«¿Qué cuerno nos va a igualar? Tú estás vivo, cada día eres más rico y cada día estás más gordo, mientras que ese pobre buitre embalsamado está hecho un asco dentro de su caja...»

Y el gerente se dio cuenta de que su frasecita no había sido lo que se dice muy afortunada. Carraspeó.

—Quiero decir, señorita Wilbur, que ahora no hay que pensar en aumentos de sueldo y todo eso. Pero su padre ha dado una muestra más de fidelidad al Banco donde sirvió siempre, pidiendo como última gracia que su cadáver fuera velado en el local donde empezó a trabajar, a los catorce años. Porque debe usted saber, señorita, que su padre fue botones adscrito al servicio de caja en este mismo local, donde sus restos pasarán una última noche. Su carrera ha sido brillante, créame usted. De botones en Nueva York a jefe de botones en Hawai..., ¡ejem!... Bueno, quiero decir que su carrera tal vez no haya sido brillante, pero al menos ha sido honrada. Nosotros sabíamos que con él siempre se podía contar. Por eso accedimos a su último deseo, por extraño que fuese y por contrario que resultara a nuestras normas: pasar la última noche antes de ser enterrado en el mismo sitio donde empezó a trabajar. Yo había organizado unos turnos de vela, pero, en fin..., con este maldito apagón..., ¡ejem!... ¡Lo que pasa es que no ha venido nadie!

—Señor Thompson, no se moleste usted —murmuró la

muchacha—. Ya conoce la última voluntad de mi padre: no quería que nadie le velara, excepto yo misma.

—De acuerdo, de acuerdo... ¿Pero no tendrá miedo?

—¿Cómo voy a tener miedo de mi propio padre?

—Al fin y al cabo es un muerto. Y todo está oscuro como el interior de una tumba... Dejaremos unas lámparas de pilas, claro. Pero no es lo mismo.

—Señor Thompson, le ruego que no hable más de miedo. No tiene sentido lo que dice.

—Comprendo, señorita Wilbur. La voluntad de su padre será respetada, pero el Banco se ha permitido..., ¡ejem!... Se ha permitido abrir a nombre de usted una libreta de ahorro al dos por ciento y ofrecer una corona pagada por suscripción entre todos los empleados, empezando por los más antiguos.

Jessica Wilbur estuvo a punto de decir algo grueso.

Pero se aguantó.

Tenía cosas más importantes en que pensar. Y al fin y al cabo era cierto que aquella oscuridad sobrecogía, dejándola casi sin aliento.

El señor Thompson indicó la puerta.

—El túmulo está en el centro de la sala de contrataciones —dijo—. Es el sitio más adecuado. Déjenlo allí y retírense.

Dos hombres entraron en el local.

Todo estaba débilmente iluminado.

Causaba una sensación sobrecogedora ver entrar el ataúd allí, deslizándose su sombra sobre las viejas ventanillas doradas, sobre los rótulos en bronce y sobre los mostradores de caoba, pues el Banco aún conservaba el ambiente tradicional del primer tercio de siglo.

Fue depositado en el túmulo.

El señor Thompson se fijó entonces en las curvas de la chica y lamentó de verdad que hubiese un difunto allí. En caso contrario, la hubiera invitado a cenar y a lo que saliera, qué cuerno. El dinero ha de servir para algo.

Se acercó a ella y procuró tropezar para ver si tenía dónde agarrarse.

Pero la chica parecía haberlo adivinado. Se apartó a tiempo.

—Debo decirle una cosa, señorita Wilbur. Antes de aceptar el

cumplimiento de la última voluntad de su señor padre preguntamos a uno de nuestros abogados especialistas, el señor Troper. Como usted comprenderá, esto era tan poco usual que estábamos sorprendidos. Y el señor Troper nos dijo que debíamos cumplir la última voluntad de nuestro viejo empleado. De modo que a él debe agradecérselo.

—Así lo haré, señor Thompson.

Todos salieron en silencio.

Las puertas del Banco se cerraron.

Y la muchacha quedó sola.

¿Sola?

¿Había visto aquellas manos que se movían hacia ella? ¿Había oído tal vez aquella respiración jadeante que se acercaba a su espalda?

CAPÍTULO IX

SEIS HORAS MENOS QUINCE MINUTOS

Loon consultó su reloj.

Seis horas menos quince minutos exactamente para que el artefacto estallase, convirtiendo toda aquella zona de Nueva York en un inmenso cráter donde no quedaría un hálito de vida. Y tres horas menos quince minutos para que él pudiera depositar la carga en el buzón de la calle Cincuenta y Dos y organizar su huida.

Desde el momento en que depositara la carga le quedarían unas siete horas antes de emprender el vuelo.

Pensó que sobre la una se largaría del hotel.

Eso le dejaría un buen margen. Con un margen de dos horas uno puede ir lejos. Llegaría al aeropuerto Kennedy y esperaría la salida de su avión. Los aparatos que hacen las grandes líneas suelen ser muy puntuales.

Pero Loon fue sintiendo que se le secaba la boca.

No tenía miedo de que el avión no despegara a causa de la explosión atómica. Aunque se sabría enseguida que había muerto el presidente Nixon, no por eso serían cancelados los vuelos. El vicepresidente haría funcionar al instante el «teléfono rojo» y se enteraría de que no había existido ningún acto de agresión por parte rusa. Los rusos, al mismo tiempo, casi garantizarían que no había existido agresión por parte china. La guerra se cernería amenazadora sobre el mundo, pero durante un día o dos quedaría en suspenso. Y no se pondría ningún obstáculo a que los extranjeros como él regresaran a sus países, aunque fuera sometándose a una serie de controles que estaba seguro de poder salvar.

Lo que le daba miedo a Loon era otra cosa.

Era la oscuridad.

¿Lograría con ella alejarse lo bastante entre una y tres de la madrugada?

¿No daría vueltas en torno al mismo sitio?

¿No le alcanzaría a él la bomba?

Aqué! sólo pensamiento le llenaba de silencioso terror.

No había ni un resquicio de luna en el cielo. Todo estaba negro como un pedazo de ébano. Y antes de las tres de la madrugada no amanecería, de modo que sólo podía confiar en que la electricidad volviese a funcionar normalmente.

Pero la cosa se alargaba.

Era terrible estar así, quieto, sin poder oír la radio ni ver la televisión, sin tener ninguna noticia y sin saber si podría escapar a tiempo.

Loon empezaba a perder el control de sus nervios.

Su sangre fría de asesino profesional fallaba por primera vez.

Y fue en aquel momento cuando sonó el teléfono.

Lo descolgó ávidamente, sintiendo que su boca estaba más seca cada vez y que sus dedos temblaban.

* * *

—¿Loon?

Era la voz.

—¿Qué quiere? ¿No habíamos quedado en que cuanto menos hablásemos mejor?

—He de hacerle una pregunta.

—Hágala, infiernos.

—¿Dónde está?

—¿Se ha vuelto loco? ¿Es que no lo sabe? ¡Estoy en el hotel Boston!

—Lo doy por supuesto, pero...

—¿Pero qué?...

—No, nada.

—Oiga, so memo, so hijo de su padre, señor quien sea. Si usted disca el número del hotel Boston, pregunta por mí y yo le contesto, ¿a qué viene esa idiotez de preguntar dónde estoy? ¿Es que por el solo hecho de llamarme no lo comprueba?

—Sí, claro.

—Oiga, se ha equivocado usted, amigo.

—¿En qué me he equivocado?

—Ha creído que yo estaba asustado, que no me veía con narices para cumplir con mi parte y que me había dado el «piro» dejando la bolsa de tabaco en cualquier parte menos en donde debía, ¿no? Por eso no ha resistido la tentación de llamarme, a ver si sigo al pie del cañón. Pues sí que sigo. Estoy en mi sitio y cumpliré mi parte. Vaya usted con cuidado si no cumple la suya.

Se notó un parpadeo al otro lado del cable.

La voz musitó:

—No tema.

—Y ahora vaya a que le limpien los mocos, señor quien sea —barbotó Loon.

Y colgó.

Empezaba a sentirse nervioso de verdad. Y la desconfianza del tipo que le había contratado le sacaba de quicio.

Sabía que aquél era un juego peligroso, pero pensó en darle una lección. Antes de largarse al aeropuerto pasaría por el 236 de Riverside Drive y le exigiría el pago de una parte suplementaria. Con él no se jugaba.

Volvió a buscar en la guía de Manhattan.

En el 236 de Riverside Drive había otros dos números de teléfono, uno de ellos correspondiente a un almacén. Era posible que allí hubiese alguien, aunque era tarde.

Disco.

Una voz algo gangosa le contestó al cabo de unos instantes. Sin duda era la voz de un negro.

—Zi, señó...

—Perdone —dijo Loon, con voz amable—. Ya sé que es tarde, pero le pido un favor. Resulta importante para mí. Se lo ruego.

—Haré lo que puea, señó...

—Llame a su vecino, el señor Martínez J.

—¿El señó qué...?

—El señor Martínez J.

—Peone, pero aquí no víe nadie con ese apellío... que se un erró de la guía...

I'ie

—¿Está seguro?

—Y tan seguro, señó. El año pasao ese nombresito no estaba. Me pedio dos veses que lo quíten y me han dicho que sí, que e un

erró, pero hasta el año que viene no lo hasen...

Loon estuvo a punto de lanzar una maldición.

—Gracias —dijo—. Es usted muy amable. Y perdone.

Colgó.

Esta vez la comprobación le había salido mal, aunque se alegraba de haber tenido la prudencia de hacerla. Aquel tal «Martínez J.» no existía en realidad. El número, sí, pero no correspondía a aquella dirección ni a aquel nombre. Sencillamente, el hombre que le había contratado era simplemente *la vos*. Podía hablar con él, pero resultaba totalmente inhallable en llueva York.

Loon lanzó una imprecación en voz baja.

No sabía de qué artes se había valido aquel tipo para incluir el nombre erróneo en la guía, aunque tampoco era tan difícil. Se podía, por ejemplo, dar un dato falso a la compañía con la esperanza de que ésta lo aceptase de buena fe, sin comprobarlo. O se podía sobornar al impresor que hacía las correcciones para que lo incluyese como una corrección más, que luego ya nadie revisaría.

Loon fumó un cigarrillo con impaciencia y luego pensó volver al bar de Joe's.

O quizá al del mismo hotel. Le sería mucho más fácil pasar el tiempo de esa manera.

Salió de la habitación, llevándose la llave, pero no la cartera.

Fue al bar del hotel.

Y antes de entrar, mientras se disponía a poner los pies en el umbral, quedó petrificado.

Porque a pesar de la escasa luz, lo distinguió perfectamente. Era el mulato con un mechón de cabellos blancos. Tenía que ser Michels, (el segundo tipo contra el que le habían puesto en guardia).

Y Michels estaba ahora allí.

Sobre su pista...

CAPÍTULO X

SEIS HORAS MENOS TREINTA MINUTOS

Jessica Wilbur oyó de pronto aquella respiración a su espalda. Era una respiración tranquila, sosegada, lenta, pero a ella le pareció jadeante. Y notó también la presencia invisible de aquellas dos manos a su espalda.

Se volvió de repente.

Ahogando un grito.

Sin embargo, el hombre que estaba tras ella, débilmente iluminado por la luz de la lámpara de pilas, producía cualquier cosa menos miedo. Era un joven bien vestido, de ojos claros y serenos, de facciones dulces, cuyas manos estaban tendidas hacia ella no con una mueca agresiva, sino más bien con un gesto de dulzura y de comprensión.

Jessica barbotó:

—¿Quién es usted?

—Perdone, no quiero hacerle ningún daño.

—¿Cómo ha entrado? ¡La puerta del Banco está cerrada!

—He entrado antes. He sido uno de los que portaban el ataúd de su padre, aunque usted no se ha dado cuenta. Y luego he aprovechado la oportunidad para quedarme aquí.

—¿Por qué? ¿Qué pretende?

—Deje que me presente.

—¡No se acerque! ¡No se acerque o grito!

—Está usted nerviosa, señorita Wilbur. Y le juro que no hay motivo. No debe tener miedo de mí.

—¿Quién es?

—Eso trato de decirle. Me llamo Chester Nummy y acaban de licenciarme de Vietnam. Soy lo que se llama un excombatiente que

ha servido a su patria.

Y añadió rápidamente:

—Que ha servido a su patria en una guerra que a todos nos da asco.

—¿Y qué hace ahora aquí? ¿Qué tiene que ver conmigo y con mi padre?

—Su padre, señorita Wilbur, fue un gran hombre al que todos debemos estar agradecidos. El, un modesto empleado de Banco, fundó en las Hawái la asociación «Paz en Vietnam». Le llamaron comunista, traidor, ateo... Le llamaron de todo, como si a los que predicán la paz hubieran de ponerles una etiqueta. Su padre organizó manifestaciones, organizó «sentadas» y presentó mociones en el Congreso pidiendo que cesara la matanza de una vez. Todos los que luchamos en Vietnam, todos los que hemos visto morir a nuestros mejores soldados al lado de mujeres y niños inocentes, nos damos cuenta de lo que eso significaba. Y por eso le debemos gratitud eterna.

Los ojos de Jessica Wilbur se nublaron un poco.

Era cierto lo que aquel hombre decía. En sus palabras no había la menor exageración.

—Su padre se había arruinado —pobre ya como era él— para luchar contra las matanzas del Vietnam. Había ido a la cárcel por breves temporadas. Se había expuesto a ser despedido del trabajo que era su vida. Todo porque ya estaba harto de oír hablar de muertos, de destrucciones, de hambre y de ver fotos de niños con los miembros amputados. Porque su padre, entre la indiferencia brutal del mundo, era de los que conservaban la sensibilidad intacta.

Musitó:

—Tiene usted razón, señor Nummy, y le agradezco, sus palabras. Pero eso no explica qué hace usted aquí.

—Pretendo velar toda la noche a su padre. Deseo rendirle un último homenaje.

Jessica entrecerró los ojos.

—No haga eso, señor Nummy; se lo ruego.

—¿Por qué?

—Esto es una ceremonia íntima. A mi padre no le gustaría que hubiera personas extrañas en ella.

—No molestaré. Mis compañeros me han delegado para que rinda este último homenaje a un hombre que tanto hizo por nosotros. Creo que con esto no ofendo a su padre, sino todo lo contrario.

La muchacha suspiró con cansancio.

Parecía agotada después del largo viaje y, sobre todo, después de las últimas emociones que le había tocado vivir.

—Está bien —dijo—; si no hay otro remedio, quédese.

—Gracias, señorita Wilbur.

—Disculpe si estoy algo nerviosa. El viaje ha sido muy largo y, además, nunca me había encontrado con tanta oscuridad. Nueva York es como una tumba, y esto acaba con cualquiera. Se tiene la sensación de haber entrado en otro mundo.

—Lo mismo me ocurre a mí —dijo él—. ¿No me ha visto en el aeropuerto Kennedy?

—No.

—Estaba esperando el cadáver de su padre con otros veteranos de Vietnam. Al pasar el ataúd, todos han saludado; no sé si se ha dado cuenta.

—No, con franqueza. Estaba muy nerviosa.

—Cuatro de entre nosotros tenemos un permiso especial para acompañar al ataúd hasta el Banco. Nos hemos metido en un coche de la policía detrás de la furgoneta que llevaba al muerto, y de pronto..., ¡zas! De pronto todo se vuelve negro. Menos mal que han empezado a salir de todas partes policías que nos desviaban, porque de lo contrario aquello hubiese terminado a tortazo limpio. Hemos llegado aquí y desde entonces tengo la misma sensación que usted; la de estar en una tumba.

Se puso un cigarrillo en los labios y de pronto se dio cuenta de que estaba en presencia de un muerto. Se lo quitó.

—Puede fumar si quiere —susurró Jessica—. No sufra por eso.

—No, gracias. Comprendo que de todos modos es una falta de respeto.

Dio unos pasos por la inmensa sala.

Su sombra se recortaba alargada sobre las paredes y las ventanillas de bronce. Era una sombra a veces dulce, a veces inquietante. Pero Jessica Wilbur, que estaba nerviosa, captó quizá por eso mismo el nerviosismo del hombre.

—No parece usted muy tranquilo, señor Chester. Me ha dicho que se llama Chester Nummy, ¿verdad?

—Exacto. Así me llamo, señorita Wilbur.

—Pues digo que no parece usted muy tranquilo.

—Es que están pasando cosas extrañas. Cosas que no tienen ningún sentido.

—No le entiendo, Nummy.

El se volvió un momento.

Sus ojos brillaban tenuemente a la luz lejana de la lámpara.

—Si yo no fuera un veterano de Vietnam —dijo él—, si yo no hubiese visto tantos horrores a pesar de mis veinticinco años, pensaría que soy un visionario. Pero no, no lo soy. Cuando yo oigo un tiro es que ha sonado un tiro, y cuando distingo una sombra en la pared es que hay un fulano cerca. Me entrenaron para profesor de comandos y sé desnucar a un hombre de un golpe, pero también sé distinguir el roce de un lagarto del roce de una serpiente. Quiero decirle que mis oídos son niños y que tengo por ahora una vista de bestia salvaje. Pero, sin embargo, repito que ocurren cosas extraordinarias.

—¿Qué cosas extraordinarias?

—Me sabe mal contarle esto en presencia de un muerto, pero usted me ha preguntado por qué estaba intranquilo y debo contestar la verdad. Estoy intranquilo porque el mundo que nos rodea esta noche es un mundo de fantasmas.

—Lo que pasa es que le influye la oscuridad, Nummy. Eso es todo.

—No, no... He vivido entre la oscuridad tanto tiempo que ya no me impresiona. Pero hace poco, antes de entrar aquí, he visto algo increíble, una gran piedra de la fachada del Banco se ha desprendido sola y por poco me mata. Imagínese usted... ¿Cómo se puede desprender algo de una fachada de piedra sin que el resto se resienta? Bueno, pues ahí no termina todo. He pensado que el edificio, por alguna razón incomprensible, podía amenazar ruina, y, en consecuencia, he querido avisar. Abro la puerta que da a una de las escaleras y de repente me encuentro... ¡Bueno, me encuentro ante la cosa más ridícula y más siniestra del mundo!

Jessica le miraba con curiosidad.

No sabía adónde quería ir a parar el joven, pero murmuró:

—¿Qué cosa ridícula y siniestra? No le entiendo.

—Imagínese que me he encontrado... ¡ante una tumba!

—Está usted tratando de ponerme nerviosa, Nummy. ¿Qué tonterías dice?

—No es ninguna tontería, se lo juro. Yo mismo he pensado que soñaba, pero no era así. La tumba la veía perfectamente. Y espere porque aún no he terminado. De pronto la lápida se ha alzado y... ¡y ha aparecido un hombre! ¡Un hombre en mangas de camisa, con ojos de loco! En el primer momento he quedado tan asombrado que no he podido ni moverme. Entonces el hombre ha desaparecido, cerrando la tumba de nuevo. Pero antes me ha dirigido una mirada extraña, una mirada especial... ¡Creo que no podré olvidarla nunca!

Jessica tenía los ojos entrecerrados.

En otras circunstancias no hubiese tenido la menor duda de que hablaba con un loco. Pero ahora había algo especial, algo distinto en aquella atmósfera de tinieblas. Por otra parte no cabía la menor duda de que el joven estaba sufriendo; no hacia aquello para divertirse. Decía la verdad, o al menos *lo que él creía* que era la verdad. Pero en todo caso no estaba mintiendo.

¿Un drogado?

Los drogados sufren alucinaciones de toda clase, Creen ver cosas horribles que no existen en la realidad Pero hay algo que no engaña: se nota que están droga dos. En cambio, aquel hombre joven y atlético hablaba reflexivamente, dolorosamente. Hablaba de algo que había visto estando en la plenitud de sus sentidos, y que no había llegado a entender.

Jessica trató de sonreír.

—No es muy estimulante hablar de esto en presencia de un muerto —bisbiseó—. ¿Pero puedo preguntarle qué pasó luego?

—Como le digo, no supe reaccionar. Estaba completamente paralizado. Y de pronto aparece un policía a mi espalda y me dice: «Eh, tú, aquí están haciendo obras. Lárgate».

—¿Y se largó?

—Sí, claro, porque, además, teníamos que entrar en el Banco el ataúd que seguía en la furgoneta. Pero es algo que no he entendido. Si yo no estuviese tan segura de mí mismo, si no estuviera convencido de que jamás he fumado un cigarrillo de grifa y jamás he bebido dos copas seguidas, pensaría que había pasado por una

crisis. Pero no. La piedra que por poco me aplasta y la tumba y el muerto los he visto.

Jessica tuvo un estremecimiento.

La oscuridad la hacía encogerse. La ahogaba poco a poco.

—¿Por qué ha dicho *el muerto*?

—Porque lo era, estoy seguro. Y porque es la única explicación.

El estremecimiento de los músculos de la muchacha se transmitió incluso al aire.

—Está usted loco, Nummy —susurró al cabo de unos instantes—. Completamente loco.

—No lo crea. Es el mundo el que está loco. O lo parece. ¿No diríamos que es, por ejemplo, una locura ir a la Luna? Si alguien hubiese dicho hace unos años: «He visto un cohete que iba a la Luna», le habrían encerrado en el manicomio. Si alguien hubiese dicho en 1944: «El año que viene, una bomba destruirá una ciudad entera y matará a casi cuatrocientas mil personas», le habrían puesto la camisa de fuerza. Si alguien dice hoy: «La energía atómica, es decir, las radiaciones, puede hacer que un muerto reciente vuelva a la vida», le miran como si fuese un alucinado. Sí, de ese modo me está mirando usted a mí. Como si yo fuese un alucinado. Y, sin embargo, no es tan absurdo. Por medio de simples descargas eléctricas se ha conseguido que un corazón volviera a revivir. ¡Se ha hecho revivir incluso un cerebro recién muerto! ¿Qué no podrá hacerse con las radiaciones atómicas? Porque esas radiaciones destruyen también la estructura molecular, y eso explicaría la caída inexplicable de la piedra. Si yo supiera que tenemos una bomba nuclear cerca, no dudaría: son radiaciones. Pero lo que no entiendo de ninguna manera es esto: aquí cerca no puede haber ninguna bomba nuclear. ¿O quizá sí? ¿Quizá hay alguna y nosotros no lo sabemos?...

CAPÍTULO XI

SEIS HORAS MENOS CUARENTA Y CINCO MINUTOS

Loon había quedado un momento paralizado, desconcertado, en el umbral del bar. Se le cortó la respiración mientras creía estar viendo una alucinación.

Aquel tipo tenía que ser Michels, el agente secreto. ¿Pero qué hacía allí? ¿Cómo infiernos había dado con su pista?

Michels no le miraba, pero sin duda ya le había visto. Y entonces Loon comprendió que corría un gravísimo peligro. Aquellos pájaros pertenecientes a la escolta presidencial de Nixon eran más listos de lo que había imaginado al principio. En realidad no debían haber dejado de vigilarle ni un momento. Y ahora lo tenían casi al alcance de sus malditas zarpas...

Loon se alegró de no llevar en este momento el maletín.

Al menos no podían pillarle con las manos en la masa.

Hizo un gesto tranquilo, mientras su cerebro trabar jaba a la presión de un volcán, y se puso un cigarrillo en los labios. Su sangre fría de asesino era más notable precisamente en los momentos de peligro. Nadie que le estuviese mirando habría notado el menor nerviosismo, la menor vacilación en él.

Un hombre que se dirigía hacia el bar pasó a su lado.

—Ni signos de que vaya a volver la luz —dijo en voz alta—. No sé si es el apagón más grande en la historia de esta maldita ciudad, pero lo parece.

Loon asintió.

Dio media vuelta y regresó al vestíbulo, donde acababan de entrar un par de chicas que se habían sentado en un diván y balanceaban las piernas.

«Unas frescas que se han quedado sin trabajo —pensó Loon—.

Debían estar por la calle a ver lo que pescaban, pero con esta oscuridad, ¿quién se fija en ellas?».

Las chicas le miraron insinuantemente.

Loon no era guapo, no era joven y, además, era amarillo, pero por el momento aquellas bellezas de alquiler no parecían tener a mano nada mejor.

El vietnamita pasó a su lado sin mirarlas más.

Tenía otras preocupaciones en este momento. Unas preocupaciones que se habían transformado en una obsesión:

Eliminar a Michels.

Quitarlo de su camino fuera como fuera.

Si el agente secreto estaba allí, él no lograría situar la carga.

Y ya empezaba a no sobrarle el tiempo.

Fue a su habitación, comprobó que todo estaba en su sitio y abrió el estuche de sus artículos de higiene. Allí había una navaja de afeitar. La tomó entre sus dedos, la abrió y cerró un par de veces y al fin sonrió satisfecho.

Era una auténtica máquina de matar, era la más perfecta encarnación del asesino que ha logrado sacar un arte de su asqueroso oficio.

Con la navaja oculta en la palma de la mano, descendió por las escaleras. Los ascensores no funcionaban, naturalmente, y sólo aquí y allá estaban encendidas las luces de emergencia. Los camareros y los escasos clientes pasaban por su lado como sombras.

Loon fue a dirigirse de nuevo hacia el bar.

Quizá tendría ocasión de llevar a Michels a algún sitio apartado. No podía degollarle en la barra del bar, pero sí en cualquier otro lugar del hotel. La oscuridad, después de todo, le favorecía. Nunca hubiera podido soñar con una circunstancia tan estupenda.

Y de pronto la helada sonrisa en sus labios se hizo aún más intensa.

Seguía estando de suerte.

Michels, el mulato, había salido del bar y estaba en una cabina telefónica discando un número. Las cabinas telefónicas se encontraban en el lugar más apartado del vestíbulo del hotel.

Loon sintió que sus manos temblaban.

Era su oportunidad.

Estaba en una zona oscura, tranquila, y, además, no le veía

nadie.

Pasó a la acción con aquella rapidez que siempre había sido propia de él. Su pensamiento y sus actos fueron instantáneos. Abrió la puerta y abrazó por detrás a Michels cuando éste discaba el último número.

El agente secreto no tuvo tiempo de volverse. Lo exiguo del espacio no le permitía ningún gesto rápido, y, además, no esperaba el ataque. Por otra parte, la primera noticia que tuvo del enemigo fue la helada hoja de acero paseándose por su garganta.

Aquella hoja trazó un salvaje movimiento de vaivén.

Michels sintió que su sangre escapaba a torrentes.

No pudo chillar.

La mano izquierda de Loon le tapó la boca mientras él se desangraba en menos de un minuto.

En la boca de Loon, aquella sonrisa se fue haciendo más ancha, más salvaje, más intensa.

Al fin soltó al agente secreto y lo depositó blandamente en el suelo de la cabina. No era posible que nadie le viese a menos que abriera la puerta y se tropezase con él. Pero de la manera que dejó el cuerpo, ni siquiera podía abrirse desde el exterior.

Con un poco de suerte, transcurrirían varias horas antes de que alguien descubriese a aquel hombre, y entonces él ya se habría marchado. Por otra parte, aun en el caso de descubrirse aquella muerte antes, no tenían por qué relacionarle con ella.

Atravesó el vestíbulo mientras ocultaba cuidadosamente la mano empapada en sangre. Las dos chicas que habían probado fortuna aún estaban allí. Le miraron de nuevo incitantemente.

Loon subió de nuevo a su habitación y se lavó cuidadosamente. Lavó también la navaja, para que no quedaran huellas, y la dejó bajo la cama, al lado del primer cadáver. Mientras lo hacía tuvo un pensamiento tragicómico.

Había oído decir que, según algunos científicos, las radiaciones atómicas pueden volver temporalmente la vida a un cadáver. Estaría bueno que el que tenía debajo de la cama se pusiese a...

Casi lanzó una carcajada.

A veces, hasta al asesino más frío se le ocurren estupideces sin sentido. Lo primero que tenía que pensar era que aquello resultaba absurdo. Y lo segundo y más importante: su «paquete» no despedía

radiaciones porque estaba completamente aislado. Ni siquiera el contador Geiger había podido detectarlas.

Pero enseguida aquellos pensamientos fueron sustituidos por otros mucho más importantes.

Había tenido que matar ya tres hombres, dos de los cuales eran agentes secretos al servicio del presidente Nixon y adscritos a la escolta de protección de éste. Eso significaba que los buscarían por todas partes. Y significaba también que su trabajo se había complicado mucho y aún podía complicarse mucho más.

Se secó con cuidado las manos y marcó un número que conocía ya muy bien. Era el número de «Martínez J.». Le contestó directamente *la voz*, pero esta vez en inglés.

—¿Quién llama?

El hecho de que no hubiera empleado el idioma tagalo significaba que no esperaba la llamada de Loon. Éste, en cambio, sí que se acordó de emplear la lengua convenida entre los dos. Preguntó con voz silbante:

—Sorprendido, ¿no?

En efecto, *la voz* estaba sorprendida.

Y asustada.

Se le notó eso perfectamente al preguntar:

—¿Se ha vuelto loco?

—Óigame bien, señor quien sea: hay cosas que tengo que decirle y se las diré de todos modos. Sé que es peligroso para los dos, pero debe conocer las últimas circunstancias. ¿Le está oyendo alguien?

—No.

—Pues ahí va la primera: he averiguado que la dirección que figura en la guía telefónica de Manhattan tras el nombre de «Martínez J.» es falsa.

—Sabía que haría esa comprobación, pero no esperaba que fuera tan estúpido como para darle importancia. Ya podía imaginar desde el principio que yo no iba a estar candorosamente puesto en la guía para que todo el mundo me encontrase. Claro que la dirección es falsa. La única relación que usted tiene conmigo es este número de teléfono, pero no podrá averiguar nada más. En la Compañía Telefónica, aunque pregunte cien veces, tampoco podrán aclararle nada.

Loon vaciló. Se daba cuenta de que *la voz* seguía teniendo todas

las cartas y en cierto modo le estaba dominando. Pero no quería que las cosas quedaran así. Había unos puntos que tenía que aclarar.

—De acuerdo, señor quien sea, pero le notifico que mi trabajo se ha complicado y que, por tanto, también deben complicarse las condiciones para usted. No estoy contento con la suma ofrecida, de modo que me trae antes de una hora un veinticinco por ciento más y *en mano* o el trabajo no se termina.

—¿A qué viene eso? Creí que era usted un profesional serio, maldito hijo de zorra, pero veo que trata de hincar el diente cuando tiene ocasión, sin importarle nada más. No dispongo ahora de metálico, ni tampoco voy a ser tan loco como para ponerme en contacto personal con usted. Ni lo sueñe. Además, no veo por qué motivo dice que se han complicado las cosas.

Loon dijo claramente:

—Machéis.

—¿Qué pasa con él?

—Descanse en paz.

Hubo otra vacilación, ésta muy notable, al otro lado del cable. Loon notó claramente que *la voz* había quedado tan impresionada que no se atrevía ni a respirar. Hizo hincapié diciendo, con lentitud exasperante:

—Lo que tenía que ser un simple paseo por Nueva York se está transformando en una auténtica cacería, señor quien sea. Todo se complicó con el chivatazo, pero creí que no encontrarían mi pista. Sin embargo, la han encontrado y los perros de presa han demostrado ser de primera categoría. He acabado con dos, y he acabado también con un hombre que podía saber demasiado. Pero eso no era lo convenido, y por lo tanto quiero que la salsa con la que se me ha de untar la mano sea mucho más espesa.

—No diga tonterías. Usted se comprometió a realizar el trabajo con problemas o sin ellos. A mí sólo me interesa el resultado final. Los detalles son cuenta suya.

Se oyó una especie de gruñido al otro lado del cable.

—Nos estamos comportando como dos colegiales —dijo al fin *la voz*—. Mencionamos cosas que no deberíamos haber dicho jamás. Para no discutir este punto le prometo un veinte por ciento más, pero después de medianoche. Se lo traerá un hombre alto, rubio,

vestido de azul y de cuyo bolsillo superior sobresaldrá el borde de un pañuelo rojo.

—A las doce ya estará hecho el depósito —susurró Loon—. Es buen momento para ajustar cuentas. De acuerdo, pero si ese tipo vestido de azul intenta algo, envíele una carta a su madre.

—¿Para qué?

—Para que rece por él.

La voz volvió a susurrar:

—No intentará nada. Y ahora óigame usted.

—Le oigo.

—Antes le hablé de Killer.

—Sí.

—Killer es el peor de esos perros rabiosos. Es el jefe de todos ellos y el que clava los dientes más hasta el fondo. Es posible que, al notar que han fallado dos de sus mejores hombres, intervenga personalmente él.

—Lo encontraría muy normal —dijo Loon—. Pero si cree que voy a asustarme o a ponerme a dictar testamento, se equivoca.

—Guárdese sus agallas para cuando se encuentre con él. Killer no es como los otros. Por si acaso le explicaré de qué clase de tipo se trata.

—Escúpalo de una vez.

—Alto, fuerte, pelirrojo. Siempre viste de gris. Si le ve cerca, tendrá que ser usted el que escriba a su madre para que rece. Y siento que no pueda escribir también a su padre porque no lo ha conocido.

Loon encajó el insulto sin pestañear.

—Después de las doce —dijo—. No lo olvide.

Y colgó.

Una estrecha sonrisa flotaba en sus labios.

Estaba satisfecho del modo como habían ido las cosas. *La voz* le tenía amarrado a él, pero él tenía amarrado a *la voz*. Si no cegaba el dinero, él no cumpliría el encargo. O tal vez lo cumpliría, porque de todos modos necesitaba desprenderse del «paquete». Pero como *la voz* no podía arriesgarse, llegaría con los dólares.

Por unos instantes, Loon pensó por qué diablos el hombre que le había contratado no hacía el trabajo él mismo. Al fin y al cabo, no era tan difícil. Pero llegó a la conclusión de que debía ser un

hombre importante, un hombre que quizá estaría vigilado. Si algo fracasara, no podía ser a él a quien pillaran con las manos en la masa.

El vietnamita se encogió de hombros.

Bueno, aquél no era asunto suyo. Estaba acostumbrado a que los cerdos que no querían mancharse las pezuñas alquilaran a un cerdo como él, que sí que se las manchaba.

Tomó el maletín, se lo ciñó otra vez a la muñeca izquierda por medio de la argolla de acero y miró de nuevo debajo de la cama.

Le pareció como si el muerto estuviera en distinta postura. «Qué estupidez», pensó. Pero no podía quitarse de la cabeza la idea de que llevaba pendiente de su muñeca no sólo algo que daba la muerte, sino también algo que podía dar la vida. Salió de nuevo al pasillo y cerró, mientras intentaba alejar aquellos extraños pensamientos.

«Estaría bueno que los tres muertos resucitaras, gracias a las radiaciones —pensó, divertirlo, de todo: modos—. Se juntarían y podrían armar una magnífica partida de póquer...»

CAPÍTULO XII

CINCO HORAS MENOS QUINCE MINUTOS

Chester Nummy paseó nerviosamente con las manos a la espalda mientras murmuraba:

—Comprendo que no he hecho más que inquietarla señorito, Wilbur. Usted está velando el cadáver de su padre y merece un poco de comprensión, un poco de paz. Merece una persona que le cuente algo divertido y que trate de elevar su ánimo. En lugar de eso, vengo yo y empiezo a decirle que las radiaciones atómicas, según una teoría que quizá algún día se comprobará, devuelven momentáneamente la vida a los muertos. ¿Qué puede pensar usted? Que tiene delante a un loco, y quizá no le falte razón. Me siento avergonzado y no sé qué haría para borrar esta mala impresión, señorita Wilbur.

Jessica alzó la cabeza y le miró fijamente.

La oscuridad era más relativa que antes. Sus ojos se habían acostumbrado a ella. Pero aún seguía viendo confusamente a aquel joven que paseaba poco a poco y que de vez en cuando le hacía un gesto amistoso, como queriendo disculparse de nuevo.

—No necesita pedirme perdón por nada —dijo—. Al contrario, me resulta agradable su compañía.

—¿De veras no la he inquietado?

—Oh, no, no lo piense.

Nummy se detuvo y trató de que sus labios dibujaran una sonrisa alentadora.

—¿Piensa estarse toda la noche aquí, Jessica?

—¿Y por qué no? Estoy aquí justamente para eso, para velar a mi padre.

—Me temo que las horas se le hagan muy pesadas. Con esta

horrible oscuridad... ¿No aceptaría beber algo?

—¿Dónde? Las puertas del Banco deben estar cerradas.

—No, no creo que lo estén, precisamente por eso han situado un vigilante armado en la calle.

Chascó dos dedos y dijo mientras señalaba hacia las escaleras que llevaban al vestíbulo:

—Es curioso. Nunca me habían dejado entrar en un Banco durante la noche. Y mucho menos me habían dejado solo, como si aquí no hubiera dinero. Y tiene que haberlo... ¿Cómo es que no vigilan más?

—Se ve que no conoce usted el mundo de los Bancos —dijo Jessica, meneando la cabeza.

—¿Qué quiere decir?

—Nosotros nunca llegaríamos a la caja fuerte. La caja fuerte es invulnerable. Ni en cinco horas de trabajo lograríamos acercarnos siquiera a ella. Y luego hace falta abrirla... No hay nadie que pueda pensar en serio una cosa así, Nummy.

—Pero su padre podría ser un experto...

—Mi padre no era un experto, y, además, es ahora un cadáver embalsamado. ¿Qué quiere más?

—Tiene razón; perdone. Esta noche no digo más que tonterías.

—También podría ser un experto usted, Ches.

—¿Yo? ¡Pobre de mí! Además, he necesitado un permiso especial para estar aquí velando el cadáver. El Departamento de Estado responde de mi honradez.

—Y de la mía responde el señor Troper, uno de los abogados del Banco —explicó la muchacha—. Mi padre, antes de morir, cuando expuso su última voluntad, consultó al señor Troper. Y éste convenció al consejo de administración de que la cosa no era normal, pero tampoco ilegal. Es más, si circulaba la noticia de que el Banco no había querido prestar sus locales para que se velara en ellos una noche el cadáver de uno de sus más viejos empleados, su buen nombre podría verse en entredicho. Ya sabe usted... No creo que al Banco le importe, en el fondo, lo que la gente piense de él. Pero en estos tiempos se cuidan mucho la publicidad y las relaciones públicas. Mi padre era un hombre muy famoso en las Hawái y ahora el Banco se está introduciendo fuertemente allí. Con un gesto feo, podría perder la labor de captación de muchos años.

Por eso el señor Troper pensó que era mejor acceder y así se lo dijo a los otros.

—El señor Troper debe ser un hombre muy influyente...

—Lo es. Es el abogado más antiguo.

—Seguro que mañana hay en la puerta una nube de fotografías pagados sacando instantáneas del entierro, ¿no? El ataúd saliendo del Banco y todo eso. Y luego las agencias de publicidad las difundirán por todo el país. «¡Vean qué Banco más humano! ¡Depositen sus fondos en él! ¡Es un verdadero amigo!».

Jessica asintió.

—Sí —dijo—, eso es lo triste. Y hasta habrá gente que pensará que mi padre ha cobrado después de muerto para servir de propaganda.

—O que ha cobrado usted.

—Me repugna la simple idea de eso. No podría soportar que la gente lo pensase.

—Pues venga a beber una copa. Creo que éste es el momento justo en que usted y yo necesitamos animarnos, Jessica.

Ella se levantó de la banqueta en que estaba sentada y avanzó con él hacia la puerta. No dirigió ni una sola mirada al ataúd. Sus ojos estaban perdidos en la lejanía.

Nummy susurró:

—Es curioso. Parece como si el aire vibrase... ¿No nota usted algo extraño?... Como si todo fuera distinto...

* * *

El hombre que estaba tras la barra del bar
Joe's
murmuró:

—Nunca he visto una noche como ésta. Les juro que no sé por qué infiernos el dueño se resiste a cerrar. Nueva York, como la boca de un lobo; estoy sin un cliente y yo aquí aguantando el tipo. Hace poco ha venido un vietnamita que por lo visto estuvo en el

Joe's

hace años, y luego han venido irnos cuántos clientes fijos más. Pero la cosa se ha ido muriendo sola. Fuera de un par de chicas que buscaban amiguitos por ahí y que han venido muertas de asco, ustedes son las dos únicas personas a las que he servido en la última media hora.

Tomó la coctelera y añadió:

—¿Algo que les anime?

—Sí, por favor —dijo pensativamente Nummy—. Algo fuerte.

—Al vietnamita le he dado una combinación tropical que echaba humo. Ya verán cómo les gusta. Oigan..., ¿ustedes recuerdan en Nueva York una noche semejante?

—Yo no la recuerdo —murmuró Nummy—, pero no puedo opinar porque he pasado bastantes años fuera.

—Y yo vivía en las Hawái —susurró Jessica.

—Las Hawái... Deliciosas islas para gente que sabe lo que es la vida. No como Nueva York, que es un pozo lleno de relojes. Le llaman la ciudad con más luces del mundo y de pronto se van todas al diablo. ¡Y llevan ya horas así! ¡Y en las compañías suministradoras han descolgado el teléfono, lo mismo que en la Alcaldía!

¡Se ve que ya están hartos de que la gente llame para acordarse de su madre!

Tras agitar la coctelera, sirvió el contenido en dos vasos y sonrió.

—Prueben. Al menos esto les ayudará a pasar la noche.

Fue Nummy el primero en hacerlo. Luego tendió la copa hacia Jessica.

—Vale la pena —susurró—. Es el cóctel mejor preparado que he tomado en mi vida.

Mientras lo bebían, charlaron de cosas intrascendentes y que pudieran distraer a Jessica. Nummy puso en eso mucho interés, porque tenía la sensación de que su compañía resultaba aburrida para la muchacha. Mientras bebían, entraron un par de clientes más, quejándose a gritos de que Nueva York era una caverna. Uno de ellos se había aplastado las narices al chocar contra una farola.

—¿Y aquí qué pasa? —gruñó—. ¿Es que no tienen más luz?

—Sólo las de emergencia —dijo el barman—. ¿O es que cree que podíamos imaginarnos esto?

—Está bien... Pues al menos prepare un cóctel fuerte. Con esta oscuridad uno siente hasta frío. ¿No ha inventado últimamente algo que valga la pena?

—Sí —dijo el barman, mientras se ponía manos a la obra—. He inventado uno que tiene un nombre la mar de adecuado para esta

ocasión. Se llama «lucecitas»...

* * *

—¿Se siente mejor, Nummy?

—¿Por qué lo pregunta?

—Me ha parecido que antes no estaba del todo bien. Pero ese cóctel tan fuerte quizá le habrá centrado.

Los dos hablaban en voz baja mientras caminaban a tientas por aquella especie de pozo. Por fortuna el hotel estaba tan cerca que no podían perderse. Veían filtrarse un poco de luz a través de las puertas, así como la linterna del portero, que en ese momento hablaba con el pasajero de un taxi. El Banco estaba casi al lado y por tanto no tenían más que dar unos pasos a partir de allí.

Ches Nummy susurró:

—¿Estaba yo antes descentrado? ¿He hecho algo anormal?

—No lo ha hecho, pero lo ha dicho. Por ejemplo, lo de la piedra que se había caído y lo del muerto que salía de su tumba.

—Le juro que no bromeaba. ¿Cree que en un velatorio yo haría una cosa de tan mal gusto?

—Debía estar trastornado, Ches.

—Insisto en que era verdad. Y pocas veces he tenido mis sentidos tan despiertos como esta noche.

Casi rozaban una puerta.

—Mire —dijo—. Era ésta.

Fue a empujarla para pasar, pero estaba sólidamente cerrada.

—Qué extraño... Antes estaba abierta. Le juro que estaba abierta.

—¿Y la piedra?

—La piedra tampoco está. Pero lo lógico es que un guardia la haya retirado.

La muchacha hizo un imperceptible gesto de escepticismo.

Estaba segura de que Chester Nummy no era un bromista de mal gusto, pero también estaba segura de que poco antes debía encontrarse un poco trastornado. De todo aquello ella no creía ni una palabra.

No quiso hacer comentarios. Pasaron de nuevo al Banco, donde el guardián de la puerta, armado con un rifle, les enfocó directamente la linterna a la cara.

—Ah, son ustedes.

Los dejó paso. Los dos descendieron casi a tientas las escaleras que llevaban del vestíbulo de entrada a la gran sala de operaciones donde estaban las ventanillas y donde los empleados trabajaban durante el día. Allí, alumbrado débilmente por una lámpara de pilas, estaba también el ataúd.

La muchacha musitó:

—Podríamos ir a aquellos asientos del fondo. Así usted podrá sentarse también.

—Sí, gracias.

Pasaron a cierta distancia del ataúd. La muchacha iba delante y no miró. Nummy sí que lo hizo, aunque de soslayo.

Una persona normal no habría notado nada extraño en aquella oscuridad. Pero los ojos de lince de Nummy sí que lo descubrieron.

Se detuvo de pronto.

Sus facciones palidieron intensamente.

Había visto muchas cosas en Vietnam y se creía a prueba de toda clase de sorpresas y toda clase de peligros. Pero esto hizo que sus ojos se desencajaran. Esto fue superior a sus fuerzas, tanto que por un momento temblaron sus rodillas.

Jessica murmuró:

—¿Pero qué es esto? ¿Qué le pasa, Ches?

El señaló hacia el ataúd mientras decía con un soplo de voz:

—No me pasa nada, excepto una cosa que estoy viendo: el cadáver ha desaparecido...

CAPÍTULO XIII

CINCO HORAS MENOS CUARENTA Y CINCO MINUTOS

Loon llevaba bastante rato esperando en el vestíbulo del hotel. Había muy pocas personas allí y el ambiente estaba completamente desanimado debido a la oscuridad y también a causa de la hora. Hasta las chicas de las piernas basculantes se habían largado. Sólo un par de tipos medio adormilados esperaban a no se sabía quién.

En cambio, Loon sí que sabía a quién esperaba.

Tenía que llegar un hombre rubio, vestido de azul y con el borde de un pañuelo rojo asomándole por un bolsillo de la americana. Ese hombre significaba para él una montaña de dólares. Por eso el vietnamita no hacía más que mirar a hurtadillas la puerta, y hasta sentía que le dominaba poco a poco una secreta ansiedad. Pero ni por un momento se notaron esas emociones en su rostro.

Éste seguía siendo tan impasible como el de un Buda.

Hasta sonreía beatíficamente.

De pronto, y cuando ya empezaba a impacientarse de verdad, el hombre apareció. Llevaba, tal como estaba convenido, un traje azul con un pañuelo rojo. Y era alto y rubio.

Miró en torno suyo, buscando con los ojos al vietnamita.

Loon se aproximó a él.

Con los ojos entrecerrados, murmuró:

—Supongo que me busca a mí.

—Usted es Loon, ¿no?

—En efecto.

—Me han enviado a traerle algo.

—Lo esperaba.

El hombre rubio sonrió.

—No pretenderá que se lo dé aquí, ¿verdad?

—Claro que no. Vamos a mi habitación.

—Les dos hombres ascendieron por las escaleras, entre las sombras que apenas disipaban las luces de emergencia. Loon miró de soslayo al otro.

—¿Cómo se llama?

—Bruce.

—Siga por aquí.

—Menudo apagón, ¿eh? Es inexplicable.

—Y lo peor es que no se sabe cuánto va a durar —dijo Loon—. Nadie da explicaciones.

En realidad él estaba deseando que aquello durase. La oscuridad le favorecía tanto que se había transformado en su mejor aliada. Pero le convenía hacer y decir las mismas cosas que todo el mundo: quejarse del apagón, por ejemplo.

—Venga —susurró.

Abrió con llave la puerta.

Como en la habitación tampoco había más luces que las de emergencia, no se distinguía demasiado bien el contorno de los muebles. Menos aún se distinguían las manchas de sangre que había dejado el taxista al ser degollado. Pero Bruce debía estar sobre aviso, porque enseguida las notó. Y enseguida advirtió también, empapada en sangre, la toalla que estaba en el fondo de la bañera.

—Parece que ha tenido tropiezos —dijo.

Loon no se inmutó.

—Ya se lo he explicado a su jefe —dijo—. Su jefe, que también es el mío, porque en este momento los dos trabajamos para la misma persona.

—Sobre esto quiero hablarle —dijo.

—Pues hable.

—No creo que mi jefe esté demasiado satisfecho de usted. A pesar de que hicieron un pacto bien concreto, usted lo ha vulnerado varias veces.

—El pacto me asignaba un trabajo determinado —susurró Loon, sin alterarse lo más mínimo—. Si luego ese trabajo se ha ampliado de una forma extraordinaria, la recompensa debe ser extraordinaria también.

—Mi jefe tiene miedo de que usted le traicione. Y desea

advertirle que no lo perdonaría. Que le buscaría aunque fuese en lo más hondo del infierno.

—¿Quién es su jefe, Bruce?

—No lo sé.

—¿De verdad no lo sabe?

—Tampoco se lo diría, pero le aseguro que no le he visto nunca. Esta misión me la han encargado por medio de una persona interpuesta.

Los ojos de Loon permanecieron inmutables.

Lo que decía aquel tipo era lógico. No había razón para que un hombre que había montado todo aquel tinglado diabólico se mostrara a los ojos de un simple pagador como debía ser Bruce.

—Está bien —dijo—, ¿qué trae usted?

—Cien mil dólares.

Loon tendió la mano.

—Suéltelos.

—Un momento. La persona interpuesta que hablaba en nombre del jefe quiere estar segura de que usted no cometerá ninguna imprudencia más y de que no le pondrá en peligro.

—No he cometido ninguna imprudencia. Me he limitado a matar a las personas que podían poner en peligro mi misión. Si lo he hecho ha sido precisamente para que nada fallara. Además, ¿de qué se queja ese maldito jefe? Todos la han espichado bien. Y cuando los cadáveres aparezcan, se me culpará a mí y a nadie más que a mí, pero yo ya habré emprendido el vuelo. Y si por alguna razón fuera capturado, no culparé a nadie. Mi profesión también tiene un honor especial, y ése es su principio más importante: guardar silencio.

—Sé que es usted sincero —susurró Bruce—. Estoy enterado de que es un auténtico asesino profesional.

—Nunca he hecho otra cosa.

—Está bien; tome.

Bruce abrió el pequeño maletín que llevaba en su derecha.

Pero en lugar de sacar el dinero extrajo una pistola de cañón superalargado y de boca muy ancha. Una pistola que parecía más apta para disparar pelotas de *ping-pong* que para disparar balas.

Loon se salvó precisamente por una cosa: porque era un auténtico profesional.

Ni por un momento había dejado de observar a aquel maldito mientras metía la mano en la bolsa. Y al verle girar la muñeca de un determinado modo, comprendió que no estaba sujetando un fajo de billetes, sino empuñando un arma.

Se ladeó instantáneamente.

La pistola produjo un leve y apenas audible «flaaas». Y, en efecto, algo parecido a una pelota de *ping-pong* salió disparado con menos velocidad que una bala, de tal modo que fue posible ver su trayectoria.

Era una pistola que disparaba pequeñas granadas de gas. Esas granadas estallaban contra la piel y el gas se mezclaba con la sangre. No había ni que apuntar tan siquiera, porque bastaba ser herido en un dedo para que los efectos fueran mortales igualmente.

Pero la granada se estrelló inútilmente contra la pared, esparciendo por la penumbra una humareda blanca. Bruce, con un gesto de rabia, levantó la pistola otra vez.

Loon comprendió que ya no iba a tener tiempo de nada. Su única posibilidad de seguir con vida consistía en huir.

Por fortuna para él, tenía la ventana cerca. Saltó llevando el maletín colgado de la mano izquierda.

Los cristales se rompieron con estrépito al recibir el peso de su cuerpo.

León salió disparado hacia el vacío.

Igual hubiera tenido que tirarse aunque estuviera en un piso doce, pero por suerte estaba solo en un piso dos. Y, además, Loon sabía caer porque había pasado por toda clase de trances en su vida. Incluso durante el inacabable conflicto de Vietnam había realizado misiones en paracaídas.

Dio una vuelta completa de campana en el aire.

Y cayó bien, pero de todos modos el impacto fue brutal. Todo su cuerpo crepité. Tuvo la sensación de que su columna vertebral se doblaba como la espina de un pescado.

Cayó al suelo, estremeciéndose de dolor.

Y entonces vio que alguien se abalanzaba sobre él. Entonces Loon, el asesino, supo que por primera vez en su vida se había encontrado con la horma de su zapato. Supo que estaba perdido sin remedio.

CAPÍTULO XIV

CUATRO HORAS MENOS QUINCE MINUTOS

El hombre que venía sobre él era alto, joven y un verdadero atleta. Su salto fue tan agresivo que Loon no dudó ni por un momento de que iba a clavarle un cuchillo en la garganta. Febrilmente, trató de abrir el maletín donde llevaba la «carga» y donde estaba también su pistola, pero supo que ya no le quedaría tiempo.

—¿Se siente usted bien?

Loon quedó anonadado.

Aquel joven no sólo no le atacaba, sino que se inclinaba sobre él y le sujetaba la cabeza, dándole un poco de masaje por si se había torcido alguna vértebra. Si había saltado era para ayudarle. Sus ojos duros y grises eran los de un hombre de acción, pero ahora reflejaban sin duda un verdadero deseo de ser útil.

—Diga..., ¿se ha hecho daño?

—¿Quién es usted?

Por encima del dolor físico que sentía, a Loon le importaba mucho más saber con quién estaba tratando.

—Me llamo Chester Nummy —dijo el joven—. Acabo de salir de ese Banco, aunque ahora apenas se distingue la puerta. ¿Y usted? ¿Cómo es que ha saltado? ¿Qué ocurre?

—He caído —dijo ambiguamente Loon.

—¿Caído?

Nummy acababa de mirar hacia la altura, sumida en tinieblas. Y lo que nadie hubiera visto lo vieron también sus ojos de lince. Distinguió al tipo rubio que asomaba por una ventana rota y apuntaba hacia abajo con una extraña pistola de cañón muy grueso.

—¡Cuidado!

Fue él quien apartó a Loon y por eso le salvó la vida. Por supuesto que, para Nummy, Loon era solamente una persona que corría peligro, y de momento no quería averiguar nada más. Su movimiento instantáneo permitió que la segunda granada de gas se estrellase en la acera, esparciendo una humareda blanca.

Inmediatamente los dos hombres se habían puesto a salvo. Bruce, ahogando una maldición, se escabulló hacia el interior de la habitación, donde ya había un muerto.

Su golpe había fallado.

A él no le habían dado orden de matar a Loon, ni mucho menos. Tenía que pagarle y marcharse. Pero Bruce estaba cansado de ser un sicario de poca categoría, un profesional del crimen que estaba harto de arrastrarse y al que sólo encomendaban tareas de cobrador de autobús. Cien mil dólares eran muchos dólares, y sabía que con un solo disparo podía quedárselos. Éste había sido el motivo de su acción.

Pero ahora se sentía acorralado.

Podía huir con el dinero, pero antes tenía que matar a Loon. Si no lo hacía, Loon le denunciaría ante el jefe, con un simple telefonazo, antes de que llegara muy lejos. En cambio, con Loon muerto, disponía de bastantes horas para largarse con el botín de Estados Unidos.

Por supuesto, no sabía lo que Loon llevaba en el maletín cosido a su muñeca.

Ni sabía que faltaban menos de cuatro horas para el terrible estallido cuya finalidad era una sola: ¡matar al presidente y a buena parte del Gobierno de Estados Unidos!

Salió de la habitación y la cerró cuidadosamente.

Había visto dónde caía Loon. Y había visto al joven que acababa de salvarle la vida.

Ninguno de los dos se salvaría. ¡Los dos irían cogiditos de la mano, cantando una canción de cuna, hasta el fondo mismo del infierno!

* * *

Nummy condujo hasta la fachada del Banco al hombre a quien acababa de salvar, poniéndolo al abrigo de la pared. Notó que el vietnamita aún no se movía bien. Había tenido suerte en el salto, aunque no por eso el trompazo debía haber sido menos doloroso.

—¿Por qué han querido matarle? —susurró.

Loon comprendió que debía ser amable.

No sentía la menor gratitud hacia aquel tipo por el hecho de que le hubiera salvado la vida. Pero de momento aún no se sentía fuerte y por lo tanto estaba un poco a su merced. Eso le obligó a improvisar una sonrisa que quería ser inocente.

—Un atraco —dijo—. El tipo a quien usted ha visto es un atracador.

—¿Qué quería llevarse?

—El maletín que usted ve aquí sujeto por una argolla. Soy representante internacional de joyería y esto contiene una verdadera fortuna en alhajas. Confío... confío en que usted no sea un atracador también.

—Con esta oscuridad cualquier cosa es posible —dijo Ches Nummy, riendo—. En fin, amigo, ya está usted a salvo. ¿Puede moverse bien?

Loon lo probó.

—Sí, gracias. Al principio me dolía mucho la columna vertebral, pero ha sido sólo el impacto.

—¿Qué piensa hacer?

—Lo más elemental: avisar a la policía.

—Aquí cerca hay un agente, pero es sólo un guardia del Banco. No creo que pueda moverse de su sitio.

—No se preocupe —dijo Loon—, Llamaré enseguida desde el hotel. Puede que con esta oscuridad el tío escape, pero tampoco lo tendrá tan sencillo si me doy prisa.

—De acuerdo, hágalo. Y buena suerte.

Cuando Loon se alejó, Ches Nummy estaba bien lejos de imaginar que se había encontrado a medio paso de una bomba atómica. Y que, caso de haberlo adivinado, habría podido salvar a su país de una verdadera catástrofe.

Loon se esfumó entre las sombras.

Naturalmente, no tenía ninguna intención de avisar a la policía. Eso hubiera sido tanto como delatarse a sí mismo.

Lo que pensaba era cazar a Bruce. Liquidarlo como a un perro rabioso.

Los dos hombres se movieron en la oscuridad. Su duelo se transformó en una silenciosa lucha de ratas.

* * *

Chester Nummy había vuelto junto a la entrada del Banco. El vigilante, que tenía orden de dejarlos entrar y salir sólo a ellos dos, paseaba indiferente a poca distancia. Jessica, apoyada en la pared, respiraba agitadamente. La casi completa oscuridad no permitía apreciar los detalles, pero se notaba que la muchacha estaba consternada.

Musitó:

—No es posible...

—Yo tampoco lo entiendo, Jessica. Empiezo a creer en los fantasmas. ¡Empiezo a creer que aquí cerca hay una bomba nuclear y que las radiaciones hacen revivir a los muertos!

Ella tragó saliva con dificultad.

—Ches... —musitó—, te he dicho que no avisaras a la policía y tú has ido a avisarla. Si algo le ha ocurrido a mi padre, si algo... algo incomprensible sucede, es cuestión mía. No quiero publicidad. No quiero que esta historia de horror se transforme en algo peor: en una historia vergonzosa.

Nummy hundió la cabeza.

Aquel suceso incomprensible hacía que se hablaran con más confianza. Su diálogo había pasado a ser el de dos personas que se han tratado durante toda una vida.

—No he avisado a la policía, Jessica —balbució—. Confieso que iba a hacerlo, a pesar de que tú me has pedido que no, pero algo me ha detenido en el último momento. Han tratado de matar a un hombre y yo he podido salvarle la vida. Luego lo he pensado mejor y he vuelto aquí. No quisiera hacer nada que a ti te molestase.

—Primero... primero hemos de saber lo que ha ocurrido, Ches.

—¿Y crees que lo sabremos alguna vez? ¿Crees que las cosas que no tienen sentido pueden llegar a comprenderse?

—Ches, estoy... asustada.

—Diablos, yo no sé si lo estoy o no, pero lo que sé es que paso muy mal rato. Me he encontrado en doce mil conflictos y creí que lo había visto todo en este mundo. Pero la piedra que se cae, el muerto que sale de su tumba, y ahora... ¡ahora tu padre desapareciendo del ataúd! ¡Pienso que voy a acabar por volverme loco!

—Yo también estoy asustada, Ches. Si no se tratara de mi propio padre, empezaría a chillar de horror.

—El... él estaba embalsamado, ¿verdad?

—En efecto.

—¡Pues entonces es más absurdo aún! ¡Hay científicos que sostienen que las radiaciones atómicas pueden hacer revivir a un cadáver reciente, un cadáver de pocas horas! ¡Pero nadie puede imaginar que hagan revivir a un cadáver embalsamado, y al que por tanto faltan los órganos más esenciales! No me avergüenza decirte que la cabeza ha empezado a darme vueltas.

La muchacha balbució:

—Yo sólo sé lo que he visto, Ches.

—Entonces, ¿qué sugieres hacer?

—Como se trata de mi propio padre, no quiero que nadie intervenga en su búsqueda excepto nosotros dos. O, mejor dicho, excepto yo sola.

—Tú sola no puedes hacerlo, Jessica.

—¿Por qué? ¿Crees que mi propio padre, sea en las condiciones que sea, puede darme miedo?

—Si por unos momentos ha vuelto a la vida, lo que resulta imaginable..., pero si ha vuelto a la vida sea como sea, no te encontrarías con el mismo hombre de antes. Su cerebro no funcionará, sus sentimientos no existirán... Puedes encontrarte con una especie de monstruo, una especie de doctor Frankenstein, hecho con los pedazos de otros hombres y reanimado gracias a la energía eléctrica. En esas condiciones, ¿quién responde de tu vida?

—Lo sé, y agradezco tu interés. Pero de todos modos, no hace falta que me acompañes, Ches.

El no contestó.

Estaba firmemente decidido a que la muchacha no corriera ningún peligro. Y aunque no entendía nada de lo sucedido, se había hecho el firme propósito de llegar hasta el final con ella.

—Vamos —susurró.

—¿A dónde?

—Al interior del Banco. Tu padre aún tiene que estar allí, pues el guardián tiene orden de no dejar entrar y salir más que a nosotros dos. Y no se ha despegado de la puerta.

Casi la empujó suavemente. Pero Jessica pareció vacilar.

—Necesito un trago —musitó—. Creo que nunca lo he necesitado tanto en mi vida.

—Es una cosa muy razonable —musitó él—. Espera, te llevaré a Joe's.

Es el bar que está más cerca.

Se dirigieron los dos hacia allí.

No se dieron cuenta de que alguien les estaba espiando. No llegaron a ver a Bruce, que apenas a seis pasos de distancia les apuntaba con su pistola de gas.

CAPÍTULO XV

CUATRO HORAS MENOS TREINTA MINUTOS

Bruce estaba convencido de que aquel hombre había ayudado a Loon porque tenía algo que ver con él. Por tanto, nunca podría buscar y eliminar al vietnamita mientras tuviera aquel otro enemigo a su espalda.

Los liquidaría a él y a la muchacha. Llevaba granadas de gas suficientes para cometer una docena de asesinatos.

Amparado en la oscuridad, alzó el largo cañón.

Pero no contaba con que Chester Nummy era un veterano de la guerra más despiadado del mundo. Chester Nummy había sufrido tantas emboscadas que ya las «olía» en el aire. Un leve roce a su derecha, un leve chasquido, un crujido casi imperceptible... Todo aquello era suficiente para él. Todo aquello le hacía ver el peligro donde otros hombres no captarían más que una perfecta calma.

—¡Atrás!

Derribó a la muchacha por el suelo mientras él resbalaba sobre la pared. Bruce, que no había previsto un movimiento tan fulminante, no tuvo tiempo de rectificar mientras apretaba el gatillo. Su tercera granada también falló, cubriendo la pared de una humareda blanca que en la oscuridad apenas se hizo visible.

Nummy no perdió un segundo.

Se lanzó en plancha contra su enemigo.

Lo había reconocido perfectamente después de haberle visto disparar desde la ventana del hotel. Sabía lo que podía esperar de un asesino de aquella clase.

Por eso hizo lo que había hecho otras veces en las mortales escaramuzas de los comandos. Lo derribó tras abrazarle por la cintura, le golpeó la mano armada y le propinó con los diez dedos

unidos un terrorífico golpe en la base de la nariz. Todo el cuerpo de Bruce se estremeció. Nummy sabía que aquel golpe, ideado para matar, era de los que no perdonan al que lo recibe.

En efecto, Bruce ya no se movió.

Unas gotas de sangre habían aparecido en los lóbulos de sus orejas.

—Le felicito —dijo una voz en perfecto inglés—. Lo ha reventado por dentro.

Nummy alzó la cabeza.

Los ojos rasgados del vietnamita. Su sonrisa helada.

—¿Dónde estaba usted? —susurró.

—Seguía a este hombre. Me he dado cuenta de que iba a matarle, pero no he tenido tiempo de intervenir.

—¿No iba usted a avisar a la policía?

—Estaba a punto de hacerlo cuando he visto aparecer a ese buitre y entonces le he seguido. Usted hubiera hecho lo mismo.

—Es posible —susurró Nummy.

Vio que el vietnamita se inclinaba sobre el caído.

Ya no parecía interesarle nada más que aquel hombre que estaba a su merced. Se inclinó hasta casi rozar la boca, que temblaba en los últimos espasmos de la agonía.

—Bruce —susurró—, ¿te han pagado para que me mataras?

La cabeza se movió negativamente.

—Fue... fue cosa mía —dijo aquella voz casi inaudible—. Yo tenía que pagarte y nada más, pero... pero quería quedarme... el dinero...

Loon suspiró tranquilo.

Al menos ya sabía que *la voz* no quería acabar con él. No corría peligro por aquel lado, lo que en sus circunstancias era muy importante.

Retiró la cabeza poco a poco.

Bruce acababa de morir. Sus ojos vidriosos quedaron mirando al vacío, a aquel vacío terriblemente negro que se cernía, de un modo absurdo, sobre la ciudad más iluminada del mundo.

—La ha diñado —dijo bruscamente, mirando a Nummy sin asomo de simpatía—. ¿Qué va a hacer usted ahora, amigo?

—Muy sencillo: decir que he obrado en defensa propia. Y espero que usted me sirva de testigo.

Los ojos de Loon parpadearon.

Ocultó cuidadosamente sus emociones. Su rostro impasible no reflejaba el menor sentimiento, ni en un sentido ni en otro.

Pero a partir de aquel momento, decidió que Nummy estaba condenado a muerte.

No podía consentir que le llevase ante la policía a declarar. A él no le convenía identificarse ni perder tiempo. Si la policía hurgaba un poco en su vida, o si le retenían aunque sólo fuera tres horas, estaba listo.

Y tres horas no son nada cuando empiezan los interrogatorios en caso de homicidio.

—Naturalmente que lo haré, amigo —dijo, con suavidad—. Usted me ha salvado la vida y estoy obligado a ayudarle. Vivo aquí mismo, en el hotel, en la habitación número ciento doce. Si quiere venir con su prometida, dentro de un momento llamaremos desde allí a la policía.

—No es mi prometida —dijo Nummy.

—Ah, yo creí que...

—No se preocupe, no tiene importancia. ¿Va ahora a su habitación? ¿Por qué no avisamos directamente a la policía?

Loon mostró con frialdad la cartera del muerto, abierta ante los ojos del joven y la muchacha. La cartera estaba repleta de billetes.

—Este hombre tenía que hacerme un pago y ha tratado de quedarse el dinero —susurró.

—Sí, ya me ha parecido oírlo —musitó Nummy.

—Este dinero me pertenece en pago de unas alhajas, y quisiera guardarlo en privado —dijo fríamente Loon—. Aunque debo tener la máxima confianza en ustedes, espero que mi determinación les parezca correcta. Dentro de unos minutos, cuando haya puesto el dinero a buen recaudo, pueden subir a mi habitación y llamaremos a la policía.

—Me parece bien —dijo Nummy—. Pero dispone sólo de diez minutos. Pasado ese tiempo, estoy seguro de que el cadáver será descubierto por alguien.

—Con esta oscuridad no es tan fácil. El vigilante del Banco está a unos veinte pasos y no se ha dado cuenta. Pero de acuerdo: diez minutos.

Loon se alejó velozmente.

Era el tiempo que necesitaba para guardar el dinero, acoplar el silenciador a su pistola, esperar en un recodo del pasillo a que aquellos dos palomos pasasen, camino de su habitación, y liquidarlos por la espalda.

Ni por un momento se alteraron las facciones de Loon.

Aquello le parecía parte de su trabajo rutinario.

Nummy se llevó una mano a la mandíbula, mientras miraba el cadáver. Poco a poco se puso en pie. Vio entonces que la muchacha le contemplaba con un mudo horror, un horror casi patético, igual que si estuviese viendo a un verdugo.

—Sí, esto lo aprendí en Vietnam —dijo él, abriendo las manos con un gesto de impotencia—. Y no creas que me siento orgulloso, a pesar de que con ello haya salvado la vida. Odio este sistema de matar que aprendí tan bien. Odio todo lo que se relaciona con aquella maldita guerra.

Jessica suspiró con desaliento.

—No sé qué vamos a hacer —dijo, retorciéndose los dedos con angustia—. Todo esto es tan espantoso que, me pondría a chillar como una loca.

—Yo sí que sé lo que vamos a hacer: ir dentro de diez minutos a la habitación de ese tipo y avisar a la política. Pero es extraño... Tengo la sensación de que... No sé, no lo entiendo.

—¿Qué es lo que te sorprende tanto?

—Comprendo que puedo equivocarme, pero yo a ese fulano lo he visto antes. El es un vietnamita y yo he estado en Vietnam. Casi juraría que él y yo...

—A mí todos los vietnamitas me parecen iguales —susurró la muchacha—, Y todos los chinos.

—Te equivocas. Son muy diferentes unos de otros, como lo somos los blancos. Y ese hombre y yo nos hemos encontrado alguna otra vez. El no me reconoce porque no pudo verme, pero yo pude verle a él. Y fue con motivo de una incursión secreta de comandos en Vietnam del Norte. Sí, ese fulano estaba allí..., ¡no es un survietnamita, sino todo lo contrario! ¡Es un norvietnamita!

—¿Entonces crees que su presencia aquí obedece a algún motivo inexplicable?

—Casi lo juraría. Ha tenido que entrar en Estados Unidos con nombre falso.

—Oye, Ches, entonces debemos aclararlo... Debemos ir al hotel antes de que transcurran los diez minutos. O, mejor, avisar nosotros a la policía directamente.

—No es que tenga nada contra los norvietnamitas —murmuró Chester Nummy—. Pero me estoy temiendo que ese tío no es ni una cosa ni otra. Ese tío es simplemente un asesino profesional al servicio de quien mejor le pague. Tienes razón al decir que deberíamos avisar a la policía directamente, pero no me gustaría equivocarme. Podría complicarle la vida a un hombre honrado.

—Entonces, ¿qué debemos hacer?

—Lo que hemos decidido al principio: ir allí antes de que transcurran los diez minutos.

—Vamos —dijo ella.

—No. Tú quédate.

—Vamos —dijo ella, repitiendo la palabra como el que no está dispuesto a admitir ninguna discusión.

Nummy asintió.

Tampoco pensaba que existiera demasiado peligro, y si lo había él sabría defender a Jessica. Pero llegando antes del momento convenido, sorprenderían al vietnamita.

En eso se equivocaba Nummy.

Porque Loon ya estaba dispuesto. Loon ya había atornillado el silenciador a la pistola y, sumido en la sombra, ya les esperaba.

Una leve presión en el gatillo y los enviaría a que organizaran una fiestecita de bodas en el infierno.

CAPÍTULO XVI

TRES HORAS

Eran las doce en punto de la noche, hora de Nueva York.

Faltaban tres horas exactas para que se produjera el estallido en el maletín. Tres horas exactas para que el presidente de Estados Unidos y sus principales colaboradores volaran convertidos en parte de un hongo atómico. Tres horas para que la fantástica misión de Loon tuviera un éxito completo.

A partir de aquel momento podía depositar el paquete en cualquier ocasión y largarse. La última recogida en el correo ya habría sido hecha, aunque había que dejar un margen, para prevenir un posible retraso. Pero a partir de las doce todos los segundos contaban.

Por eso Loon empezaba a sentirse nervioso. Por primera vez en su vida sentía que el paso de los minutos le atenazaba la garganta. Quería depositar el paquete en el buzón y largarse. Con la oscuridad que reinaba en todas partes, necesitaría las tres horas para alejarse lo suficiente de allí.

Por eso esperaba con impaciencia a que sus dos nuevas víctimas llegasen. Eran el último obstáculo que quedaba entre él y el éxito total de su misión.

Oyó los pasos que avanzaban quedamente por el pasillo, entre las sombras que apenas disipaban las luces de emergencia.

Ya estaban allí.

Distinguía los dos cuerpos.

Apuntó primero al hombre porque le pareció el más peligroso. Liquidar luego a la chica sería cuestión de cinco segundos. Y lo haría con sumo placer.

Dejó que la figura masculina se recortase bien en el punto de

mira. Y fue a cerrar el dedo sobre el gatillo.

¿Pero qué infiernos era lo que pasaba? ¿Por qué la pistola se había movido en el último momento? ¿Qué había chocado contra su mano cuando iba a disparar?

No se dio cuenta de que Chester Nummy le había lanzado un paquete sólidamente atado de las revistas que había en el vestíbulo del hotel. Una bala puede quizá atravesar una pared, pero no atraviesa la barrera elástica de varios kilos de papel puestos uno encima de otro. Y el efecto, además, fue tan contundente sobre la mano de Loon que éste lanzó un gruñido y tuvo que soltar su arma.

En el primer momento pensó que le habían roto la muñeca. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que no tenía enfrente a un cualquiera, sino a un auténtico comando.

A partir de ese segundo exacto, sólo pensó en huir. Se convirtió en la rata asustada que en el fondo era.

Corrió como un gamo hacia el fondo del pasillo, donde estaban las escaleras de emergencia.

Nummy pudo haberle matado caso de tener una pistola, pero no disponía de ningún arma. Si se entretenía en recoger la que acababa de soltar Loon, éste desaparecería ya. Por lo tanto lo siguió dando dos fantásticos saltos en el aire.

Fue mucho más rápido que Loon, pero éste ya le llevaba una cierta ventaja. Cuando el joven llegó a su alcance, el vietnamita ya acababa de cerrar la puerta.

Esperó a un lado de éste a que el joven apareciera.

Fue el único error de Nummy: pasar como un bolido creyendo que su enemigo había seguido huyendo.

Loon descargó entonces el maletín sobre la nuca del joven. Como la carga nuclear estaba envuelta en plomo y una aleación especial, también muy pesada, fue peor que si a Nummy le hubieran golpeado con un martillo. Cayó de bruces y rodó escaleras abajo.

Loon pensó que había llegado su momento. Ahora podría matarle fácilmente, aunque fuera estrangulándolo. Pero para eso necesitaba un tiempo del que no disponía, porque detrás debía llegar la chica.

No podía exponerse a que ella se pusiera a lanzar esos gritos en que las mujeres son especialistas. De modo que entre las dos soluciones escogió la más rápida. Ahora que nadie le cortaba el

paso, siguió huyendo.

Se encontró de pronto en una especie de callejón. No veía nada, pero había paredes de ladrillos a ambos lados, de modo que siguió adelante. Y de pronto respiró con alivio: tenía que estar en la Séptima Avenida. No distinguía más que sombras confusas, pero un par de automóviles habían pasado rasgando las tinieblas con sus faros, y por la distancia entre ambos tenían que encontrarse en una calle ancha. No había duda: la Séptima Avenida.

Por tanto tenía que encontrarse también a muy poca distancia del buzón de la calle Cincuenta y Dos. Avanzo ansiosamente entre las tinieblas, mientras pensaba que había llegado el momento decisivo.

Pronto habría terminado.

Pronto el centro de Manhattan, con sus miles de personas, sus miles de edificios y sus miles de sueños se convertiría en una sucursal del infierno...

CAPÍTULO XVII

TRES HORAS MENOS QUINCE MINUTOS

—¡Ches! ¿Me oyes, Ches? ¿Qué te pasa?

El abrió y cerró los ojos un par de veces, mientras se llevaba la derecha a la nuca. Toda la parte posterior de la cabeza le dolía como si fuera una llaga. Pero tenía la suficiente experiencia en cuestión de tortazos para saber que lo peor había pasado ya.

—Me he confiado —murmuró—, creyendo que huía. Me ha atizado con el maletín y... ¿Pero qué diablos llevaría en ese maletín? ¡Ni que fuera un bloque de plomo!

—Lo más importante es que estés bien, Ches. ¿Cómo te sientes?

—Me siento como un fracasado por haber permitido que ese buitre escapara. Ahora ya no habrá quien le eche el guante.

—Pero me has librado de la muerte. Iba a liquidarnos a los dos...

—Al menos no me he fiado en todo —susurró el joven—. De lo contrario nos apiola.

—Debemos avisar a la policía cuanto antes. Es un asesino que anda suelto, Ches.

El se puso en pie vacilando, apoyándose en la barandilla de la escalera de emergencia.

—Me temo que el asunto sea tan grave que no nos convenga avisar a la policía —susurró—. Si esto se llena de coches patrulleros y de tíos gordos haciendo sonar el pito, nadie averiguará nada. Déjame hacer a mí, Jessica. Por una razón especial que desconozco aún, ese buitre no quiere alejarse de esta zona. Y yo daré con él mucho mejor que toda una cuadrilla de enchufados de la Metropolitana. Además está lo de tu padre.

—Olvida lo de mi padre.

El la miró extrañado, parpadeando.

—¿Cómo quieres que olvide una cosa así? ¿El caso más asombroso con que me he encontrado en mi vida y tratas de que ya no me acuerde de él?

—He querido decir que... Bueno, no deseo que la policía intervenga en el asunto de mi padre.

—He tenido la sensación de que no querías que interviniera nadie. Ni tú ni yo. Nadie.

Jessica se mordió el labio inferior.

—Te equivocas, Nummy.

—Entonces hagamos un pacto.

—¿Qué pacto?

—No avisamos a la policía, pero volvemos al Banco. Y buscamos sin descanso a tu padre.

—Está bien. Ches.

—No pareces muy entusiasmada.

—Si esperas que este asunto me entusiasme es que te has vuelto loco.

—Tienes razón, Jessica. Perdona. Te prometo que, ocurra lo que ocurra con el increíble caso de tu padre, no haré nada que a ti no te parezca bien.

—Eres un hombre razonable, Ches. Salgamos por aquí mismo y vamos al Banco. Pero con precaución; ese sucio amarillo podría estar esperando abajo.

Por supuesto, Nummy extremó las precauciones esta vez, pero no ocurrió nada. Cuando llegó al callejón avanzó con cuidado. Y de pronto se encontró con una espesa masa de sombras que sólo era rasgada de vez en cuando por los faros de algunos coches.

—Creo que es la Séptima Avenida —dijo.

—¿A qué altura?

—No lo sé exactamente, pero para encontrar el Banco me parece que hemos de doblar hacia abajo.

—Vamos.

En efecto, vieron muy pronto las luces de la entrada del hotel (si se podía llamar luces a aquello) y al policía que guardaba el Banco. Pero había algo más. El cadáver de Bruce acababa de ser descubierto, y un grupo de personas, entre los que figuraban varios policías, lo estaban examinando. Se veían las linternas brillar

confusamente entre las piernas de los que formaban aquel grupo.

Jessica susurró:

—Mira...

—No tienen ninguna prueba de que lo haya liquidado yo. Y en todo caso lo mejor es que no me acerque. Sígueme —balbució Nummy.

Llegaron al Banco.

El vigilante les enfocó la linterna a la cara.

—Hemos ido a tomar unas copas —dijo Nummy, anticipándose a su pregunta.

—¿No han visto nada? Acaban de descubrir a un hombre muerto a poca distancia.

—Quizá un atraco —dijo Nummy ambiguamente—, Con esta oscuridad... Creo que lo mejor es que no se distraiga usted ni un minuto.

—Naturalmente que no me distraeré. No soy un novato —dijo el otro, ofendido.

—No he querido decir eso. Disculpe.

Entraron en el vestíbulo.

En la gran sala de operaciones del Banco, el ataúd seguía como un extraño monstruo inmóvil. No había nadie dentro de él. Y lo más extraño dentro de lo increíble era que se trataba de un ataúd con tapa soldada, ya que de otro modo no pueden ser transportados de los cadáveres. El muerto no sólo había salido, sino que había salido además de una especie de cofre hermético.

—Todo el resto del Banco debe estar cerrado —musitó Jessica, mientras le temblaba la voz—. No creo que debamos buscar a mi padre muy lejos de aquí... si es que hemos de buscar algo.

Para Nummy estaba claro que ella no entendía nada y que, a pesar de todo, estaba dominada por el miedo. El también entendía las cosas menos cada vez, y sentía que en algunos momentos le empezaban a fallar los nervios. Pero le dio a Jessica un suave cachecito en la mejilla, tratando de animarla.

Penetraron por entre las mesas de los empleados.

Todo era silencio. Las tinieblas se espesaban cada vez más. Las naves del Banco parecían interminables y daban la sensación de una inmensa, de una agobiadora tumba.

Pasaron muy cerca de donde estaba la caja auxiliar, en la cual

no había apenas ningún dinero. El dinero «grande», el importante de verdad, estaba en la gran caja subterránea, considerada como absolutamente invulnerable.

Al pasar por aquella zona casi rozaron una de las mesas.

Y ninguno de los dos vio la figura que estaba quieta allí, agazapada, acechando. Ninguno de los dos se dio cuenta de que el muerto se encontraba a menos de dos pasos.

Esperando...

CAPÍTULO XVIII

TRES HORAS MENOS TREINTA MINUTOS

Loon avanzaba entre las sombras como una sombra más. Contaba los pasos y miraba lo que podía distinguir de los comercios, para orientarse en su camino hacia la calle Cincuenta y Dos. Sabía que estaba ya a muy poca distancia y que de un momento a otro iba a terminar su siniestro trabajo.

Al fin sus manos palparon algo.

Una estructura metálica.

No sólo la reconoció al tacto, sino que sus ojos pudieron verla a la debilísima luz que llegaba de algunos comercios. Aquella estructura metálica era el buzón de la calle Cincuenta y Dos. Loon suspiró con alivio.

Había recorrido medio mundo para llegar hasta allí con su carga, y había cometido además una larga cadena de crímenes. Pero al final había llegado a su meta. Estaba en el lugar preciso y a la hora precisa, como un perfecto profesional para el que sólo cuenta la eficacia.

Ni por un instante pensó Loon en las personas que habían muerto para que él pudiese terminar su camino. Mucho menos pensó en los miles de desconocidos e inocentes que iban a morir a causa de aquel simple gesto suyo.

El gesto de abrir el maletín. De tomar el pesado bloque de plomo. De introducirlo por la boca basculante del buzón [2] al que ya no se acercaría nadie antes de la hora de la terrorífica explosión.

Sonó un leve «tloc».

La pesada carga había caído al fondo del recipiente vacío.

Y nadie había visto a Loon.

Éste sonrió.

Ya había terminado su trabajo y por lo tanto lo único que debía hacer era huir. Largarse cuanto antes de aquella maldita zona de Manhattan y llegar al aeropuerto Kennedy. Incluso, si tenía suerte, pasaría los controles de pasaporte y policía antes de que la explosión se produjera, con lo cual ya no le someterían luego a ninguna otra investigación. Si los pasaba después de producirse la explosión, las cosas podían ser distintas.

Volvió a la puerta del hotel, pero no para entrar en él, ya que no quedaba en su habitación nada que valiera la pena llevarse. Por otra parte aquel sitio era peligroso para él, de modo que le convenía irse cuanto antes. Pero, entre las tinieblas, la puerta del hotel era su mejor punto de referencia para saber hacia dónde debía seguir, de modo que le convenía volver a ella a iniciar su marcha desde aquella especie de «punto cero». No podía olvidar que se movería contra reloj y en una especie de túnel, de modo que le convenía no perderse.

Llegó hasta la puerta.

Y de pronto sus ojos se desencajaron. De pronto la sangre se le heló materialmente en las venas.

Porque en la puerta del hotel acababa de aparecer un tipo del que había oído hablar. Un tipo contra quien *la vos* le había prevenido muy especialmente a través del teléfono.

Un hombre alto, fuerte, pelirrojo, vestido de gris. «Siempre viste de gris», había dicho *la vos*.

Un hombre alto, fuerte, pelirrojo...

Nada menos que el peor enemigo que Loon podía encontrar.

Nada menos que Killer...

* * *

Loon permaneció un momento pegado a la pared, sintiendo que sus piernas vacilaban. Y por sexta o séptima vez desde que había empezado aquella maldita aventura, dio gracias al destino por haberle proporcionado aquel apagón increíble, que sumía a Nueva York en tinieblas. Las tinieblas le habían permitido desenvolverse hasta entonces y eran lo único que tenía a su favor ahora: lo único que le permitiría escapar de las zarpas de un enemigo que estaba sobre su pista y que conocía la ciudad mucho mejor que él.

Notó que Killer aún no le había visto.

Pero un poco más y tropiezan en la mismísima puerta.

Loon, pese a toda su frialdad, sentía que el corazón le latía aceleradamente. «Si alguna vez llego a saber quién ha dado el chivatazo le mato... Le mato con mis propias manos...»

El odio contra el desconocido soplón le ahogaba.

Pero ahora no podía pensar en eso, sino sólo en huir. De modo que esperó en las tinieblas hasta darse cuenta de que Killer desaparecía en el interior del hotel.

Loon fue a cruzar la calle para largarse de allí. Pero en ese momento el portero, que siempre estaba provisto de una linterna, le vio.

—Eh, señor.

Loon se volvió maldiciéndole para sus adentros. Menos mal que le había visto el portero y no Killer. Pero de todos modos ya se podía haber ido al infierno antes de llamarle.

El rostro de Loon, sin embargo, permaneció impasible al volverse.

—¿Qué le pasa, amigo? ¿Por qué me llama?

—Perdone, señor, pero es que he visto que usted se iba. Puesto que no lleva equipaje supongo que va a dar un paseo.

—Cierto. No puedo ir a ningún espectáculo porque con este apagón no habrá ninguno. ¿Pero por qué me lo pregunta? ¿Es que uno no puede salir a pasear?

—Lo digo en su propio beneficio, señor. Con esta oscuridad y si no conoce muy bien la ciudad, le puede ocurrir cualquier cosa.

—La ciudad la conozco perfectamente —mintió Loon.

—De acuerdo, señor. Perdone, sólo he querido advertirle.

Loon fue a volver la espalda, pero de pronto un pensamiento pasó por su cerebro. Quiso asegurarse.

—Oiga..., ¿ha visto a ese hombre pelirrojo que estaba antes en la puerta?

—Sí, claro que sí. Precisamente hemos estado hablando de este apagón increíble.

—¿Lo conoce?

—Por supuesto que sí. Es el señor Killer, uno de los técnicos de la escolta presidencial. Teóricamente es un agente secreto, pero todo el mundo sabe en qué trabaja, y él no lo oculta tampoco.

El portero rió, mientras añadía:

—¿Para qué había de ocultarlo? En muchas fotos del presidente

él aparece detrás, en un discreto segundo término. Todo el mundo sabe que es un técnico en protecciones especiales y además un pistolero de categoría.

Loon tragó saliva.

Preguntó con voz espesa:

—Lo he visto en algunas fotos precisamente y por eso me ha llamado la atención. ¿Pero por qué puede estar aquí ahora?

—La respuesta está clara, señor. El presidente Nixon se encuentra a un cuarto de milla de distancia de aquí, en el hotel Victoria.

—Ah, ya... Perdone, lo había olvidado. Gracias.

Y, definitivamente, dio media vuelta.

Ahora sí que empezaba a sentirse acorralado de verdad.

No le cabía duda de que el temible Killer estaba sobre su pista. Se había deshecho de Morgan y de Michels, pero era muy difícil que pudiera deshacerse del jefe de todos ellos. Le sería imposible deshacerse de Killer.

La única ventaja —pero decisiva— que tenía Loon radicaba en haber terminado su siniestro trabajo. Ahora sólo tenía que huir. Cada paso que daba en las tinieblas le alejaba más de Killer y del peligro.

Su obsesión en este sentido era tanta que fue contando los pasos.

Uno... Dos... Tres...

Cada vez se alejaba más. ¡Cada vez estaba más cerca de la libertad, más cerca de la vida!

Hasta que, al ir a dar el cuarto paso, algo le detuvo. Una mano ancha, maciza, dura, se posó en su hombro.

CAPÍTULO XIX

TRES HORAS MENOS CUARENTA Y CINCO MINUTOS

Los dos habían pasado junto a aquella mesa sin darse cuenta de nada. Pero el cuerpo de Wilbur estaba allí. El cuerpo del hombre que había viajado desde las Hawái metido en un ataúd..., ¡les acechaba a menos de dos pasos de distancia!

Si Chester Nummy lo hubiese visto habría sentido que se le secaba instantáneamente la boca. Habría pensado que se encontraba en el Más Allá. Pero no lo vio, ni pudo sospechar siquiera la presencia de aquel hombre. No llegó a notar el horror que tenía a su espalda.

Hizo un gesto, señalando lo que podía verse confusamente ante él: la línea de mesas, las paredes que se perdían en las sombras...

—Creo que no encontraremos nada por aquí, Jessica —murmuró—. De todos modos llegaremos hasta el fondo.

Jessica no le contestó.

Jessica se encontraba tras él.

Sus ojos helados, quietos, como muertos, miraban hacia aquella mesa.

Primero había visto la mano que aparecía por un borde de ésta.

La mano de dedos largos, finos, tan delgados que casi parecían descamados por la muerte y por el tiempo.

Jessica no se movió.

Su cuerpo permaneció rígido. Sus rodillas no temblaron. Sus ojos siguieron estando terriblemente quietos.

Y luego vio la cara.

La cara que surgía poco a poco de entre las sombras, la cara tan conocida. Recibió aquella mirada que parecía decirle algo a través de la distancia, desde más allá del tiempo.

La mirada del muerto...

Pero Jessica tampoco se impresionó. Tampoco movió un músculo. Sus ojos siguieron estando quietos.

Las manos que aún estaban ocultas detrás de la mesa le hicieron una seña.

Y Jessica la entendió. Asíó la lámpara de pesado pie de bronce que estaba en la mesa de uno de los jefes.

Y la descargó por la espalda contra la cabeza de Chester Nummy.

CAPÍTULO XX

TRES HORAS MENOS CINCUENTA Y CINCO MINUTOS

Loon sintió que estaba atrapado. Ahora sí que no iba a poder defenderse ni iba a poder reaccionar. Cuando le habían puesto la mano en la espalda era por una sencilla razón: porque al menos otros dos hombres le estaban encañonando y le tenían bien seguro.

Estuvo a punto de hacer una maniobra desesperada.

Estuvo a punto de revolverse rabiosamente para defender hasta el fin sus plumas de buitre.

Pero, cosa extraña, cosa casi increíble, la voz dijo con suavidad a su espalda:

—Amigo...

Loon estaba desconcertado.

Se volvió poco a poco.

Y, cosa más absurda aún, no se encontró con un revólver, sino con una sonrisa.

—Amigo...

El que estaba tras él era un hombre joven, fuerte, que vestía de oscuro. Tenía esa pinta inconfundible de los hombres de acción: lo mismo podía ser un federal que un asesino que se alquila al mejor postor. Pero, tal como marcharon las cosas, había motivos para pensar que se trataba de este último.

—Amigo —repitió—, usted es Loon.

Loon se estremeció.

—¿Cómo lo sabe?

—Me envía el hombre que le ha contratado a usted. El hombre con quien usted ha hablado varias veces por teléfono y que hace poco le ha enviado a Bruce con un fajo de dólares.

Loon sintió que la tensión insoportable se deshacía dentro de él. La sensación de alivio le llegó hasta el fondo de las más recónditas células.

No había posibilidad de engaño. Aquel tipo que estaba a su espalda no era de la «bofia». No podía serlo porque le daba demasiados detalles de cómo habían ido las cosas, y porque de otro modo su comportamiento hubiera sido incomprensible.

—¿Quién es usted? —preguntó Loon de todos modos, sin confiarse—. ¿Quién es usted y qué quiere?

—Me llamo Herbert, y yo personalmente no quiero nada, excepto cumplir las órdenes que me ha dado mi jefe. Esas órdenes consisten en sacarle a usted de aquí. En ayudarle a que salga de este pozo, una vez ha cumplido su misión. Porque supongo que la ha cumplido...

Loon asintió.

—Naturalmente que sí. Y celebro que el jefe para quien trabajo haya pensado también un poco en mi seguridad, que al fin y al cabo es pensar en la suya. Porque si me atrapan es posible que él tenga problemas.

—Justamente —murmuró Herbert—, eso es lo que ha pensado. ¿Sabría usted salir de aquí?

—La verdad es que no. En la oscuridad hubiera podido guiarme por las estrellas, como los que navegan, para ir siempre en una determinada dirección. Pero esta maldita noche no hay ni estrellas. El cielo es un velo gris. La niebla lo cubre todo.

—Yo tampoco lo tengo muy claro —susurró Herbert—. Llegar hasta aquí me ha costado una eternidad. Los guardias te desvían, te meten por caminos absurdos... Pese a conocer Nueva York muy bien, he tenido que preguntar a los guardias tres veces. Pero, en fin, ya estoy aquí y tengo un coche a la disposición de los dos. Oiga bien esto, Loon: el jefe puede facilitarle un avión especial para que llegue al menos a una de las islas del Caribe. Allí estará absolutamente seguro. Ha pensado que si su avión sale a las siete y la carga estalla a las tres, puede darse el caso de que supriman todos los vuelos y a usted lo metan en la ratonera.

Loon cabeceó afirmativamente.

—He pensado cien veces en eso —dijo—. Ha sido como una pesadilla, pero confiaba en que no pasaría nada.

—Es demasiado confiar —dijo Herbert—. La destrucción de parte de Manhattan por medio de una carga nuclear y la muerte del presidente Nixon puede hacer que, lógicamente, se cancelen todos los vuelos.

—Sí —dijo Loon—. Era el punto más flojo del plan, pero estaba dispuesto a correr el riesgo y apechugar con él, confiando en que no podrían probarme nada.

—No necesitaré apechugar con semejante peligro —murmuró Herbert—. El jefe lo ha previsto todo, pero no ha podido tener lo del avión resuelto hasta última hora. En este momento ya lo tiene. Vamos, venga conmigo.

Loon le siguió.

Se sentía infinitamente aliviado. Al fin había podido escapar cuando creía tenerlo perdido todo, dada la presencia de Killer en el hotel. Siguió al hombre hasta un automóvil estacionado en las cercanías, con las luces de posición encendidas. La niebla iba envolviéndolo todo cada vez más.

Desconfiado como siempre, Loon miró en los asientos posteriores del automóvil y lo encontró todo conforme. Luego subió junto a Herbert y éste arrancó.

Se produjo la misma situación que a su llegada.

Unos automóviles embotellados bloqueaban el tráfico un poco más allá. Algunos conductores discutían entre las tinieblas.

Herbert murmuró:

—Como ve, no hubiera podido pasar usted solo.

—Lo que no sé es si pasaremos los dos.

—Confíe en mí, aunque reconozco que esto es un lío.

El policía con un guante blanco había aparecido ante ellos de pronto, agitando al mismo tiempo su linterna que despedía una luz roja de alarma. Les indicó que el camino estaba cortado y que tenían que dar una vuelta. Les señaló la izquierda.

Fueron hacia la izquierda entre una niebla negra, casi irresistible.

Otro guardia y otro desvió. Era como para perder el sentido de la orientación y como para empezar a maldecir en todos los idiomas del mundo. Pero mientras les fueran indicando desvíos sabían que acabarían saliendo de allí. Estando en manos de los guardias estaban, después de todo, en buenas manos.

Un nuevo policía.

Éste les frenó y les indicó que, a causa de un accidente, debían pasar por un desvío provisional situado bajo unas obras.

—No sabía que hubiera obras por aquí —murmuró Herbert—. Lo mismo me ha pasado al venir. No lo entiendo.

—Las obras se empezaron ayer, pero el desvío ya existe —indicó el policía—. Es una especie de pequeño paso subterráneo. Sigán.

El coche se desvió en la dirección indicada. Descendieron por una especie de terraplén, como si fueran a hundirse en un aparcamiento subterráneo (de hecho las obras existían y correspondían a un aparcamiento subterráneo precisamente), y remontaron una larga rampa. Al final de ella, al salir de nuevo al exterior, Loon tuvo casi que cerrar los ojos.

Deslumbrado.

Asombrado.

Miles y miles de luces. Millones de luces. Nueva York relucía como un ascua. Si Nueva York reluce siempre, en estos momentos, después de haber salido de las tinieblas, parecía relucir mucho más. Era un derroche, un festival de luz. Loon estaba desconcertado.

Y aterrorizado.

Porque lo que pensó instantáneamente fue que la luz acababa de volver. Había vuelto justo cuando ellos rodaban por el paso subterráneo, saliendo de la zona vigilada. Eso significaba que si llega a escabullirse diez minutos más tarde, la luz le atrapa casi en la puerta del hotel Boston. Con dos muertos en su habitación. Con otro en una cabina telefónica que ahora habría quedado perfectamente iluminada. Y con Killer sobre su pista y oteando el horizonte a menos de cuatro pasos.

Definitivamente, había estado de suerte.

Se sentía tranquilo, satisfecho.

Relajado.

Vio que doblaban por Broadway y luego ascendían hasta Riverside Drive, donde se alzaba un edificio majestuoso, junto al Hudson, con casi todas sus luces apagadas. Era un edificio nuevo que tenía en su cima incluso un helipuerto. El coche se detuvo en una ancha playa de estacionamiento que ahora se encontraba prácticamente vacía.

Herbert susurró:

—Creo que el mismo jefe le acompañará en su salida del país. No es extraño que, con lo que va a ocurrir, tenga miedo. De todos modos no lo hará si usted no está de acuerdo, Loon. Lo convenido era que escaparía usted solo.

—Si el jefe viene conmigo, eso significa que el avión es muy seguro —susurró Loon, ateniéndose a la más pura lógica—. En principio no tengo inconveniente. Y hasta celebro conocer a ese hombre de una vez, qué diablos.

Sabía que aquélla era una oportunidad no desdeñable.

Conociendo por fin al dueño de *la voz*, podría tal vez el día de mañana hacerle un chantaje sensacional. Lo llegaría a tener en sus manos. Aprovechando el miedo que ahora tenía *la voz*, podría conocerlo. Ésa era una suerte que no esperaba.

Descendieron del automóvil y se internaron en el edificio. Los ascensores permanecían mudos y casi en penumbra al fondo del vestíbulo. Tomaron uno de ellos y Herbert pulsó el botón de la planta más alta, debajo del helipuerto.

Loon cada vez se sentía más satisfecho.

Le estaban enseñando demasiadas cosas. Cometían un error que tal vez un día pagarían caro.

Dejaron el ascensor. Atravesaron un pasillo y Herbert empujó una puerta metálica.

Más allá había un magnífico despacho. Con una mesa suntuosa.

Y un hombre sentado tras ella.

Un hombre vestido de gris.

Un hombre pelirrojo.

Un hombre que era...

... ¡Killer...!

CAPÍTULO XXI

DOS HORAS MENOS QUINCE MINUTOS

Chester Nummy cayó al primer golpe y se estrelló brutalmente contra una de las mesas. Sus manos arañaron inútilmente el aire en un último y patético esfuerzo por mantenerse en pie.

Tuvo un último estremecimiento y quedó quieto.

La muchacha soltó la lámpara. Con un gesto de horror se llevó lentamente las manos a la boca.

—Papá... —bisbiseó.

Era una palabra que le había salido de lo más hondo: una palabra que lo resumía todo. Su miedo, su angustia, su esperanza.

Wilbur apareció surgiendo detrás de la mesa.

Cualquier parecido entre él y un cadáver hubiera sido mera coincidencia. Se había quitado ya con el pañuelo la pintura que daba a su rostro una palidez mortuoria, la palidez de un cadáver «viejo», y se había arreglado un poco el pelo, que tenía la flexibilidad habitual. Por otra parte sus ojos ya no estaban cerrados. Sus ojos lo miraban todo con una curiosidad insaciable, con una curiosidad llena de vida.

—Deberíamos atarlo bien —susurró—. Yo no contaba con que este hombre estuviera aquí. Pensaba que tú y yo estaríamos solos. Significa un grave peligro.

—No le hagas nada, papá. No lo ates siquiera. Este hombre me ha ayudado y... y... ¡en fin, que no consentiré que le ocurra nada malo!

Wilbur sonrió.

Su sonrisa era ancha y sorprendentemente simpática, pero en este momento resultaba triste.

—Está bien —murmuró—; no le haremos ningún daño. Ya sabes

tú que no quiero perjudicar a nadie excepto al Banco que me ha matado de hambre durante toda mi vida. Pero suceden cosas incomprensibles, Jessica. Me temo que el robo más audaz de la historia, el robo que habíamos planeado entre tú y yo esté a punto de fracasar.

—¿Por qué, papá?

—Mira, nena, ya te digo que suceden cosas incomprensibles. Todo estaba perfectamente planeado: los falsos certificados de defunción y de embalsamamiento, que me costaron todos mis ahorros; las botellas planas de oxígeno situadas bajo mi cuerpo y que me han permitido respirar el tiempo necesario; las imperceptibles ranuras en el ataúd para la expulsión del aire viciado; el cortafríos para poder cargarme desde dentro las soldaduras de la tapa; la combinación de la caja fuerte da este Banco, que llegué a conocer después de mil cálculos y de varios informes confidenciales; la complicidad del abogado Troper, a quien tenía que dar una parte, pero que había logrado que yo pasase la noche aquí. En fin... ¡todo! Lo único que necesitaba era abrir la caja, forrarme de billetes y salir mientras tú distraías al guardián de fuera. ¡El robo del siglo! ¡Hasta teníamos el escondrijo cerca de Nueva York para pasar tú y yo dos años antes de salir del país! Pero nada de esto tiene sentido, Jessica. Quería vengarme de este condenado Banco y no va a poder ser.

—¿Por qué?

—Oye, me creas o no, esto es para volverse loco. Yo conocía el Banco muy bien. Pero cuando he ido a la caja fuerte... ¡resulta que no hay tal caja fuerte! ¡Estas cuatro paredes terminan aquí! Absurdo, ¿no? ¡Pues es cierto! ¡Todo está perfectamente imitado! ¡Pero éste no es el Banco en el que yo trabajé! ¡Es una comedia, una pantomima! ¡Creo que estoy viviendo una pesadilla! ¡Detrás de esto incluso hay un minúsculo cementerio!

Jessica Wilbur tuvo que apoyarse en una de las mesas para no caer redonda a tierra.

Ella sí que tuvo la sensación de vivir una pesadilla.

Recordó de pronto, eso sí, lo que Nummy había dicho antes: lo de una puerta que no llevaba a ninguna parte y lo de un hombre saliendo de su tumba. Cuadraba con lo que le estaba diciendo su padre, y además su padre no podía mentir. Pero entonces, ¿dónde estaban...?

—Papá —bisbiseó—, lo único que me interesa de todo esto es saber que el robo ha fracasado. Y casi me alegro, ¿sabes? Tú querías dar una buena lección al Banco sin perjudicar a nadie más, y yo acepté la idea, pero en el fondo me dolía que tú, un hombre bueno, te convirtieras en un delincuente, aunque fuera en un delincuente simpático y aunque fuera dando «el golpe del siglo», que todo el mundo envidiaría. Lo único que hemos de pensar ahora es en salir de aquí. Y en ayudar a Nummy.

Wilbur se inclinó solícitamente sobre él.

—Sólo está sin sentido —dijo—. No, no le has hecho demasiado daño. ¿Crees que deberíamos llevarlo con nosotros? Cuando encuentren el ataúd vacío no quisiera que le acusasen de nada.

—Sí, papá. Es un deber que tenemos para con él. Su intención al presentarse aquí era noble, y además me ha defendido en todo momento. No debemos permitir que le acusen. Y hasta creo que, cuando llegue el momento, deberíamos contárselo todo.

Wilbur la miró recelosamente.

—Jessica —susurró—, tú y yo nunca hemos tenido secretos el uno con el otro. ¿Qué pasa?

—Pues... pues... pues... verás... yo... en fin... ¡ejem!

—Tu discurso ha sido estupendo, nena. Una maravilla de elocuencia. Se te entendía todo. He sacado la conclusión de que estás enamorada de él, ¿no es eso?

—Creo que acabas de decir la verdad más importante de tu vida, papá.

—Pues no se hable más. Lo llevaremos con nosotros para que no le acusen. —Le dio una palmadita—. Oiga, joven... Oiga...

Y se quedó de piedra cuando Nummy se volvió tranquilamente y preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Me invita a fumar?

Wilbur abrió mucho la boca.

Y ahora sí que estuvo a punto de diñarla de verdad.

—¿Pe... pero qué pasa? —susurró—. ¿Es que nos estaba escuchando?

—Hace falta más de un tortazo para dejarme a mí sin sentido, compañero —dijo Chester Nummy tranquilamente—. Lo que pasa es que no me he movido, porque uno oye más fingiendo estar *groggy* que estando despierto. ¿Y sabe qué le digo, compadre? Que

no entiendo en qué sitio estamos ni qué lío infernal es éste, pero que su idea me parece estupenda. Lástima que no haya podido forrarse para toda la vida. Y ahora..., ¡claro que les acompañaré! ¡No faltaría más! ¡Yo no me separo de Jessica ni que me empujen con una locomotora!

Y, tomando a la maravillada muchacha entre sus brazos, susurró:

—Vamos a distraer al guardián, nena. Sólo con que le desviemos unas yardas, tu padre sale.

Jessica no supo qué contestar.

Sólo sabía que era feliz.

Maravillosamente feliz.

Llegaron a la puerta y entonces Nummy... ¡Nummy dio una especie de terrible salto al vacío! ¡Nummy pareció, de pronto, haberse vuelto loco!

CAPÍTULO XXII

DOS HORAS MENOS TREINTA MINUTOS

La pistola se clavó entonces fríamente en la nuca de Loon. Éste sintió ahora que una sensación de muerte penetraba en él; sintió algo peor que en cualquier otro momento de su vida. Se dio cuenta de que aquello era el fin, de que más allá sólo estaba la fosa.

Killer susurró con voz helada:

—¿Sorprendido... amigo?

Y ahora sí que la sensación de muerte llegó hasta el fondo del cráneo de Loon.

Porque no cabía duda.

Aquélla era... *la voz*.

¡Había sido contratado por uno de los responsables de la protección del presidente Nixon!

—No debe extrañarse tanto —musitó Killer—. Si usted es inteligente, yo lo soy también, con la diferencia de que usted, Loen, es un simple asesino y yo soy un hombre que trabaja en las alturas de la industria y de la política. En este momento ya no tengo inconveniente en que sepa que trabajo para un fuerte grupo internacional de fabricantes de armas con cuyos intereses económicos me siento muy vinculado. Pero esos intereses económicos, amigo mío, significan miles de millones al año y dependen de las guerras. Por tanto y como a Israel se le vende con cuentagotas y lo de Vietnam se nos está acabando, hemos pensado provocar una auténtica conflagración con Vietnam del Norte, una guerra abierta que acabaría enfrentándonos a China. ¿Cómo? Yo se lo explicaré, querido amigo mío. Cuando la bomba estalle y el presidente Nixon desaparezca, con la mitad de los líderes sindicales del país, yo entregaré su cadáver, el cadáver de un sucio puerco

llamado Loon, un asesino profesional que ha trabajado para Saigón, pero también para el Gobierno norvietnamita de Hanói, según tengo bien comprobado. Y la gente sólo se acordará de esto: de que usted ha trabajado para los comunistas y de que ha sido visto por cien personas en las inmediaciones del lugar donde se hallaba el presidente Nixon. He hecho, además, que le fotografiaran durante toda su sucia aventura, desde el momento en que tomó el avión. ¿Qué pasará? Que usted ya no podrá defenderse y la indignación popular, en cambio, será inmensa. Ya nadie detendrá el camino hacia la guerra abierta, camino que será debidamente sembrado de odios por algunos políticos que también tienen intereses en la fabricación de armas. Y puedo matarlo, Loon, sin que nadie me pida cuentas, porque usted es un elemento peligroso. Ha asesinado a dos fieles agentes, los agentes Michels y Morgan a quienes yo mismo envié tras su pista. No hubo chivatazo, porque en todo caso el chivatazo lo di yo. Michels y Morgan eran agentes honrados, al contrario de Bruce y de Herbert, el que tiene a su espalda, simples pistoleros a sueldo.

Hizo más ancha e insultante su sonrisa y añadió:

—Ya ve que en realidad nunca le hemos perdido de vista. Y voy a aclararle algo: el teléfono de «Martínez J.» es el de este despacho. Un teléfono secreto, cosa elemental dado mi cargo. La dirección que figura en la guía es falsa y la cambiamos cada año. O sea que le he hablado desde aquí en todo momento. Sólo he tenido un problema: llegar hasta el hotel Boston. Hay un apagón con tal lío que creí que no me presentaría allí nunca. Incluso parecía como si el hotel Boston lo hubieran cambiado de sitio, cosa absurda, pero que por un momento me ha parecido cierta. Tanto que una de las llamadas tuvo por objeto el que uno de mis hombres controlara el lugar de la conversación, el cual no coincidió con la situación del hotel Boston. Cosa extraña, pero que debe obedecer a un fallo técnico. En fin, ¿para qué hablar más de esto? El asunto ya está resuelto. Lo único que necesito es su cadáver, Loon, puesto que la explosión se producirá a su hora. Dispara, Herbert.

Su sonrisa seguía siendo helada.

Sus ojos quietos, hipnóticos, seguían siendo los de una serpiente.

Loon fue a decir:

—¡Maldito hijo de pe...!

Pero no llegó a terminar la frase.

Herbert había apretado el gatillo fríamente.

La cabeza de Loon se abrió en tres pedazos.

Pequeños sectores de su masa encefálica saltaron dispersos por la habitación.

La sangre lo manchó todo.

Killer hizo un gesto de desagrado ante aquel trabajo sucio y murmuró:

—Perfecto, Herbert. Y ahora esperaremos la explosión y...

Pero en ese momento sus ojos se desencajaron.

¡Herbert había caído fulminado hacia adelante!

¡Lo habían liquidado de un brutal impacto en la nuca!

Killer apenas tuvo tiempo de sacar la pistola que tenía en el cajón central de su mesa y disparar dos veces. El hombre joven que acababa de liquidar a Herbert y que debía haberlo oído todo, rodó escaleras abajo, aunque era evidente que su diabólica agilidad le había permitido no ser mordido por las balas. Durante unos segundos su rastro se perdió en las escaleras de emergencia.

Killer comprendió que debía aprovechar aquellos segundos. No pensó ni por un momento que aquel hombre viniera solo, sino que lo consideró como una especie de avanzadilla de los que le habían descubierto y estaban dispuestos a acabar con él. Por eso se preocupó sólo de huir. Si salvaba la piel, ya tendría luego tiempo de justificarlo todo.

Corrió como un gamo.

Sólo tenía un piso que subir. ¡Un piso para llegar al helipuerto, donde un helicóptero le estaba esperando!

El viento le dio de pronto en la cara, haciéndole vacilar. Mientras Chester Nummy corría también como un loco, Killer subió a la cabina. Puso contacto y las aspas giraron. Fue manejando el embrague poco a poco mientras veía a su enemigo aparecer en el helipuerto.

Tenía que ser un loco.

¡Un héroe que quería convertirse en un cadáver!

Porque Nummy se lanzó hacia los planos de aterrizaje del helicóptero. Trató de hacer la maniobra más desesperada que puede hacer un hombre.

¡Subir colgado del avión! ¡Colgarse del abismo!

Pero sólo pudo rozar los planos.

No llegó a sujetarse.

El helicóptero ganó velozmente altura. Salió de la estructura del edificio. Voló como un moscardón hacia la bahía de Jamaica.

Killer se había librado.

Había logrado huir.

Y Chester Nummy quedó tendido en el suelo, golpeando la pista con impotencia, mientras arriba, en los cielos, Killer lanzaba una carcajada larga, larga, larga...

CAPÍTULO XXIII

HORA CERO MENOS VEINTIDÓS MINUTOS

El hombre entró con cautela en la habitación y dijo:

—Señor presidente...

El presidente había trabajado con los líderes sindicalistas hasta muy tarde y estaba ahora descansando unos momentos. Sin levantarse de la butaca en que permanecía con los ojos cerrados, giró un momento la cabeza y susurró:

—¿Qué hay, Logan? ¿Todo bien?

—Todo ha ido bien según sus instrucciones y según el plan que trazó personalmente, señor presidente. El apagón sobre Nueva York se produjo a su hora.

—Y luego se encendieron las luces en todas partes menos en una zona acotada de Central Park —murmuró el presidente con una suave sonrisa—. Yo lo vi. ¿Pero funcionó todo a la perfección?

—Por supuesto, señor. En esa zona de Central Park donde, al hacer las obras de un *parking* subterráneo se había descubierto un antiguo cementerio, imitamos perfectamente y en dos noches, tras aislar el sector, el trazado de las cuatro calles principales rodeando el hotel en que usted y yo estamos ahora. Claro que sólo hasta la altura del primer piso, ya que de lo contrario hubiera sido imposible. Esa zona iba a estar permanentemente a oscuras. Altos muros de madera, al rodearla, impedían que se viesen las restantes luces de Nueva York. Nubes de gas negro y proyectados por nuestros ingenieros impedían ver la parte superior inacabada de las casas, así como la luna y las estrellas. Por lo demás todos los establecimientos e incluso el hotel Boston, hasta la altura del primer piso, estaban perfectamente imitados. El único bar de la zona estaba abierto, y contratamos incluso a su dependencia normal, dándoles

una generosa gratificación y pidiendo que colaboraran con nosotros. Nadie hubiera sospechado que aquello no era la Séptima Avenida a la altura de las calles Cincuenta a Cincuenta y Tres, sino una ciudad fantasma, una fantástica tramoya.

El presidente sonrió levemente.

Musitó:

—Los coches guiados por policías, ¿daban sensación de tráfico normal?

—Así es, señor. Y los agentes encargados de regular el tráfico se comportaron perfectamente. Surgían de todas partes y llevaban a la zona fantasma a todos los que pretendían alcanzar la zona en que se halla usted realmente. Esas personas no sospechaban que se las metía en Central Park, bastante lejos de su destino. Por fortuna eran pocos, ya que a esta hora ya no hay apenas tráfico. A los que salieron se les siguió. Los que permanecieron dentro estaban muy controlados. Los que entraban tenían la sensación de que era un apagón parcial, y los que salían pensaban que la luz había vuelto mientras pasaban por la rampa subterránea del *parking*. También hemos controlado todos los objetos lanzados a los falsos buzones, las falsas alcantarillas y las falsas papeleras. No había gran cosa. Usted tenía la información, debida a uno de nuestros agentes en Asia, de que en el vuelo

CB-609

viajaba una bomba nuclear «limpia» y de efectos limitados. Temiendo que intentaran matarle a usted, lo que provocaría un conflicto de límites incalculables, pensó en anular las reservas de todos los viajeros que tenían reservada habitación en Nueva York. Todos fueron conducidos, con pretextos, al falso hotel Boston. Pero ellos creían que estaban allí, que estaban en el Boston realmente. Si alguien «situó» la bomba nuclear la puso en un punto controlado por nosotros. ¿Pero por qué no se limitó a detener a esas personas, señor presidente? ¿Por qué no las hizo registrar a fondo a su llegada al aeropuerto? Hubiera sido más sencillo...

—Más sencillo pero también más peligroso —dijo el presidente con voz suave—. En primer lugar, venían personas importantes en ese vuelo. Primera consecuencia: un conflicto diplomático. También había que contar con que, a pesar del registro, no encontráramos nada, y entonces el presunto asesino emprendiera el vuelo y fuese

imposible dar con él. La información podía ser falsa y hacer nosotros el ridículo... En fin, opté por la solución más cara, pero que creía más segura: si esa bomba existe la tenemos nosotros. ¿Dónde se ha trasladado todo lo recogido en buzones, papeleras y alcantarillas de la zona?

El hombre sonrió.

—Por cierto, antes de contestarle... Señor presidente, hace un rato ha llamado un joven que ha dicho llamarse Chester Nummy, Jura y perjura que hay una bomba y que la hizo poner el propio Killer. Absurdo, ¿verdad? Para mí que se trata de un loco.

—Es posible. ¿Y qué le ha dicho usted?

—Le he aconsejado que se fuera a dormir. Entonces él me ha contestado que era un veterano de Vietnam y que a dormir que se fuera mi madre. Total, que le he calado enseguida: uno de esos veteranos que protestan contra la guerra y que nos odian porque hemos de mantenerla. Por pura educación he seguido escuchándole: me ha soltado que estuvo en la zona del hotel Boston. Que vio cómo un vietnamita muy sospechoso llamado Loon salía en un coche. Que a pesar de que él, Nummy, estaba en aquel momento con una chica estupenda, dio un salto de loco para perseguir al vietnamita. Que pudo hacerse con un taxi abandonado, pero cuyo taxímetro marcaba. Total: que los guardias no querían dejarle salir de la zona, pero que él se largó de todos modos dejando herido a uno de un puñetazo. Que pudo seguir al amarillo hasta el despacho de Killer, y que por eso se enteró de todo. Me gritaba que algo terrible iba a ocurrir y que se trasladara usted inmediatamente a otro sitio.

—Podía ser cierto... ¿Qué le ha contestado usted?

—He procurado calmarle. Le he dicho que comprobaría tocio y que se fuera con la chica estupenda de marras. Eso me ha jurado que haría. Y ya debe estar junto a ella.

—Las comprobaciones, ¿las ha hecho?

—Pensaba llamar a Killer, pero he temido que se ofendiera. Killer es de tan absoluta confianza que...

—Tiene razón. No se puede creer a todos los que llaman por teléfono, aunque ese Nummy de loco tal vez no tenía nada. Siga comprobando. Y ahora conteste a lo que le he preguntado antes. Los objetos recogidos, ¿dónde están?

—Los hemos puesto en el helicóptero que está siempre sobre la

oficina de Killer. Aunque él no estaba informado de este plan, por querer usted que se llevara en el máximo secreto, Killer es de la máxima confianza. Dentro de un momento le diré que haga analizar todo lo que está en el portaequipajes del helicóptero, y que si ve que hay peligro lo haga hundir en el mar, bien lejos de la costa. De modo que Killer, sin saberlo aún, es el que lo tiene todo...

El presidente sonrió.

—Gracias —dijo—. Gracias por la información. Uno se siente más tranquilo cuando sabe que está rodeado de personas de confianza.

Y siguió descansando.

CAPÍTULO XXIV

CERO HORAS

El oficial de control del aeropuerto Kennedy preguntó a su compañero del aeropuerto Laguardia:

—¿No has captado una tremenda explosión a unas ochenta millas de aquí, Peter?

El de Laguardia preguntó al del aeropuerto de Newark:

—El radar y los aparatos se han vuelto locos. ¿Te pasa a ti lo mismo, Norman?

El de Newark preguntó al control de la marina:

—¡Muchacho! ¡Comprueba eso! ¡Para mí que es una explosión atómica!

Y el de la marina gruñó:

—Está bien, hombre, está bien... ¡Ya lo haré! ¡Cuerno, ahora que acababa de venir Nummy, un antiguo compañero de Vietnam a presentarme a su novia! ¡Ahora que acabo de ver a una chica estupenda...!

Y colgó el aparato.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Como el lector sabe, las avenidas recorren Manhattan di norte a sur, y empiezan a contarse por el este, donde está la Una hasta el oeste, donde está la Doce. La Sexta Avenida marca más menos la frontera entre la parte elegante, East Side, y la popular West Side, que abarca desde la Séptima Avenida hasta la Doce. Las avenidas están cortadas en transversal por las calles, que empieza: a numerarse por el sur, hacia el lado de la Battery o lugar de la Estatua de la Libertad. En el extremo sur de la isla nace la calle Uno. Cada travesía es una calle y un número, excepto en el sector di Greenwich Village, donde las calles tienen nombres como en Europa. Hacia la altura de la calle Sesenta está Central Park, al otro lado del cual ya empieza prácticamente Harlem. En el río de ese nombre termina la isla de Manhattan, y por tanto terminan las calles. Orientarse, pues, es muy sencillo ya que, siguiendo una avenida, los números de las calles indican en qué sector se encuentra el caminante. (N. del A.). < <

[2] Los buzones reglamentarios en Estados Unidos no son de boca pequeña, como los europeos, sino que tienen el aspecto de grandes papeleras, con una amplia tapa basculante que permite meter cosas, pero no sacarlas (N. del A.). < <